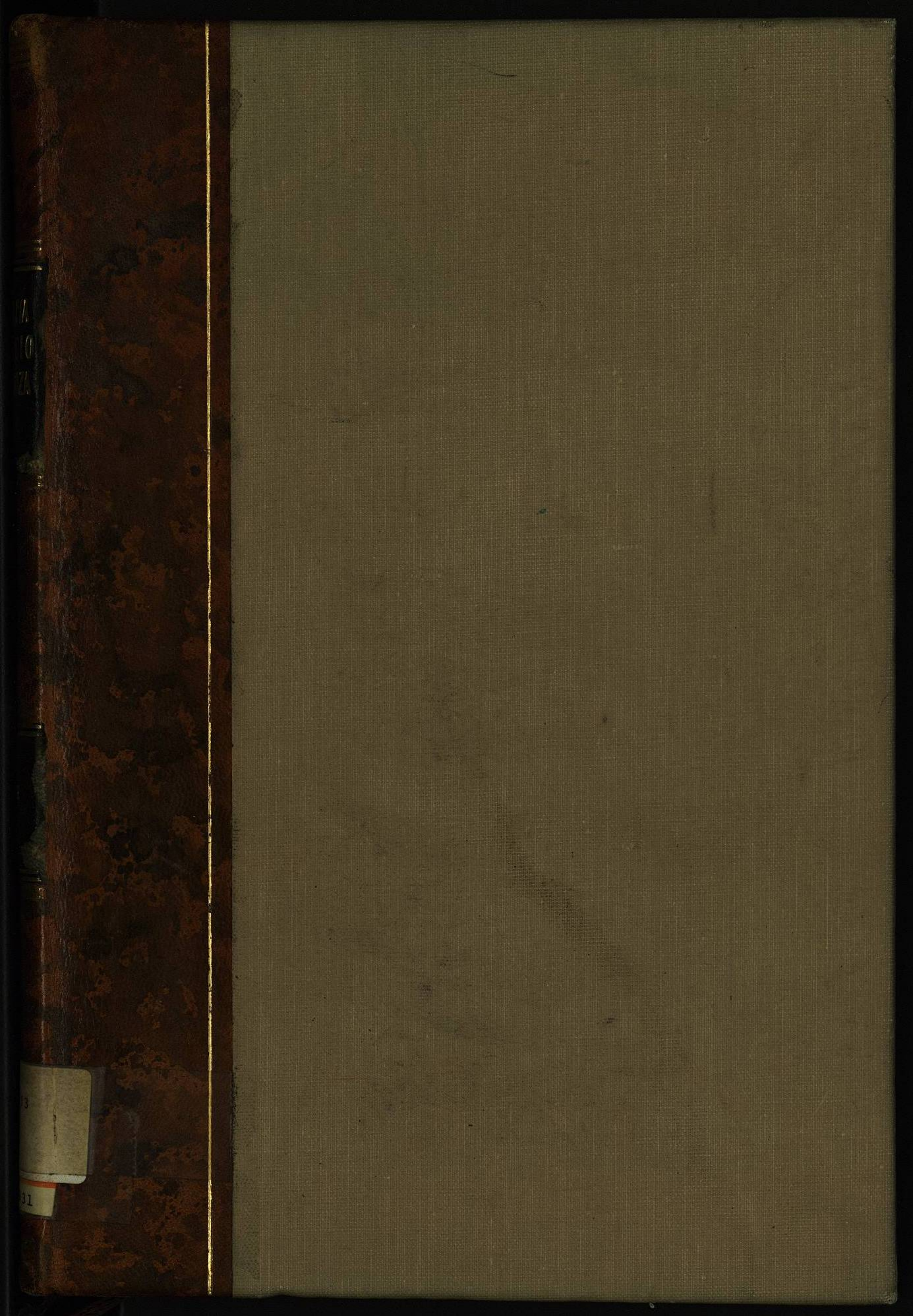
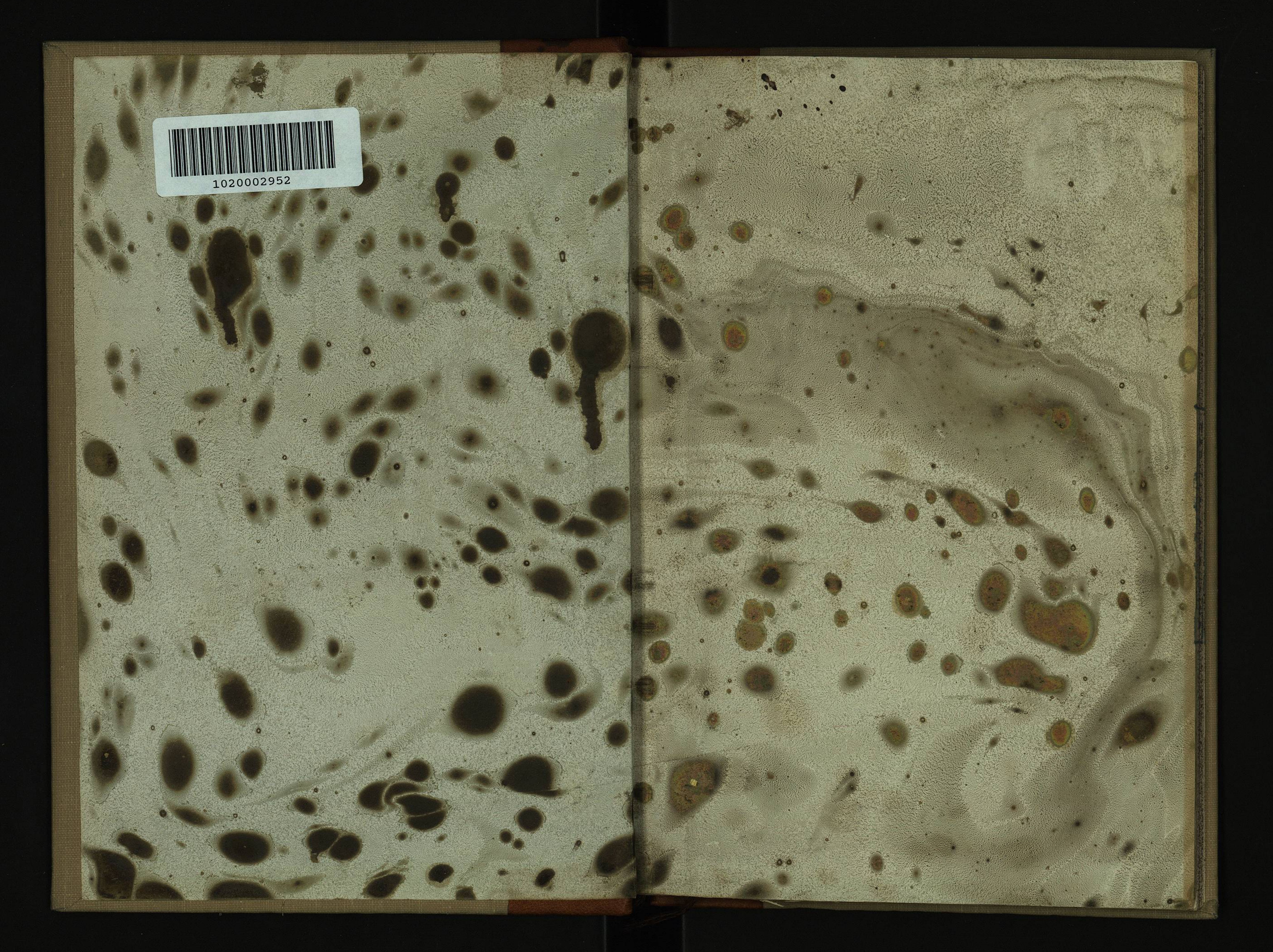



BIOGRAFIA
IGNACIO
ZARAGOZA
1862
F1233
.Z3
G6
105931


1020002952

BIOGRAFIA

DEL GRAL. DE DIVISION

C. IGNACIO ZARAGOZA

ESCRITA POR MANUEL Z. GOMEZ

VA ACOMPAÑADA
DE LOS DECRETOS QUE SE ESPIDIERON A CONSECUENCIA DE SU MUERTE, DE LOS DISCURSOS
DE LOS CC. IGLESIAS Y ZARCO Y POESIA DEL
C. GUILLERMO PRIETO.

A mi muy apreciable amigo el C. Fran.co Mejía.

Man.l Gomez

MEXICO
IMP. DE VICENTE GARCIA TORRES
Calle de San Juan de Letran n. 3
1862



INTRODUCCION

México debe conocer al guerrero que vindicó su nombre ante la opinion de las potencias estranjeras.

Los elementos sociales y administrativos que nos legaron los conquistadores de este rico y privilegiado país, no eran por cierto los mas á propósito para cimentar una República fundada en la democracia; y sin embargo, ella se ha creido necesaria para elevarlo á la altura de los principios que reconocen en el pueblo la fuente de todo poder, y en los gobernantes los servidores de ese mismo pueblo.

¿Cómo conseguir este bien, que el mundo entero se afana por conquistar, sin conmociones y sin guerras intestinas que sacudieran fuertemente á nuestra sociedad? Las preocupaciones religiosas todo lo habian invadido: el clero era poderoso, las clases numerosas é impuestas á dominar, y el pueblo sin educacion civil, cedia á costumbres que le recomendaban la

obediencia y el respeto absoluto como la mejor de las virtudes sociales.

Mal informados de nuestra historia ó injustos apreciadores de los hechos, sus antecedentes y circunstancias, aquellas conmociones se calificaron en Europa como el resultado preciso de nuestra incapacidad para gobernarnos. Todo se exageró, y sin tomar cuenta de lo que la historia nos revela de sus mismas disensiones, y de lo que éramos y de lo que tratábamos de ser, se nos llegó á considerar en completa postracion, en un desórden é inmoralidad tal, que solo se apelaba á nuestra existencia política, cuando venian las especulaciones á fijar su ávida sed de lucro en nuestras ricas minas, en nuestras fértiles comarcas, y en la debilidad y efímera duracion de nuestros pasados gobiernos.

La idea de intervencion tentaba ya fuertemente; y atendido el orígen, estudiada la política, y conocidas las ambiciones jamas disimuladas del actual emperador de los franceses, fácil era inferir que no seria su gobierno quien resistiera á tan halagüeña tentacion.

Gutierrez Estrada, Almonte, Miranda y otros, de quienes seria mejor que la historia jamas hablase ni aun para recordar sus nombres, avivaron los deseos de aquel emperador, y he aquí empeñada una lucha que no se pensó ni por los traidores ni por el actual gobierno de la Francia, que pudiéramos ni aun medianamente sostener.

Ninguna duda se ponia en el triunfo: las fuerzas invasoras recorrerian el camino desde Veracruz hasta la capital, entre los aplausos de sus innumerables partidarios—tal se juzgaba

nuestra degradacion—y precedidas por la cobarde y apresurada fuga de los necios y temerarios que intentaran resistir. Así se creia: los que mas favor nos hacian en Europa, solo se esperaban débiles y desordenados combates, en los que siempre quedariamos vencidos, y no dudaban en la próxima y fácil ocupacion del lugar donde residen los supremos poderes.

Sin embargo, fuerzas inferiores en número á las invasoras, peor armadas y desprovistas del equipo y otros elementos que contribuyen á dar brío y á infundir orgullo en el soldado, escudadas con una débil é impropiamente llamada fortificacion, las resistieron y rechazaron en las inmediaciones de Puebla.

Desde este dia comenzó nuestra vindicacion......... ¡Feliz guerra que nos trae reparaciones tan gloriosas......... ....! ¡Bien venida, bendita sea...............! Con sangre debiamos borrar la mancha de oprobio y de desprecio que pretendia leer en cada una de nuestras freutes el orgulloso europeo, y esta sangre ha comenzado digna y fructuosamente á verterse; este bautismo sagrado se tuvo ya en el Cerro de Guadalupe, merced al valor de unos cuantos hijos de México acaudillados por el C. Ignacio Zaragoza.

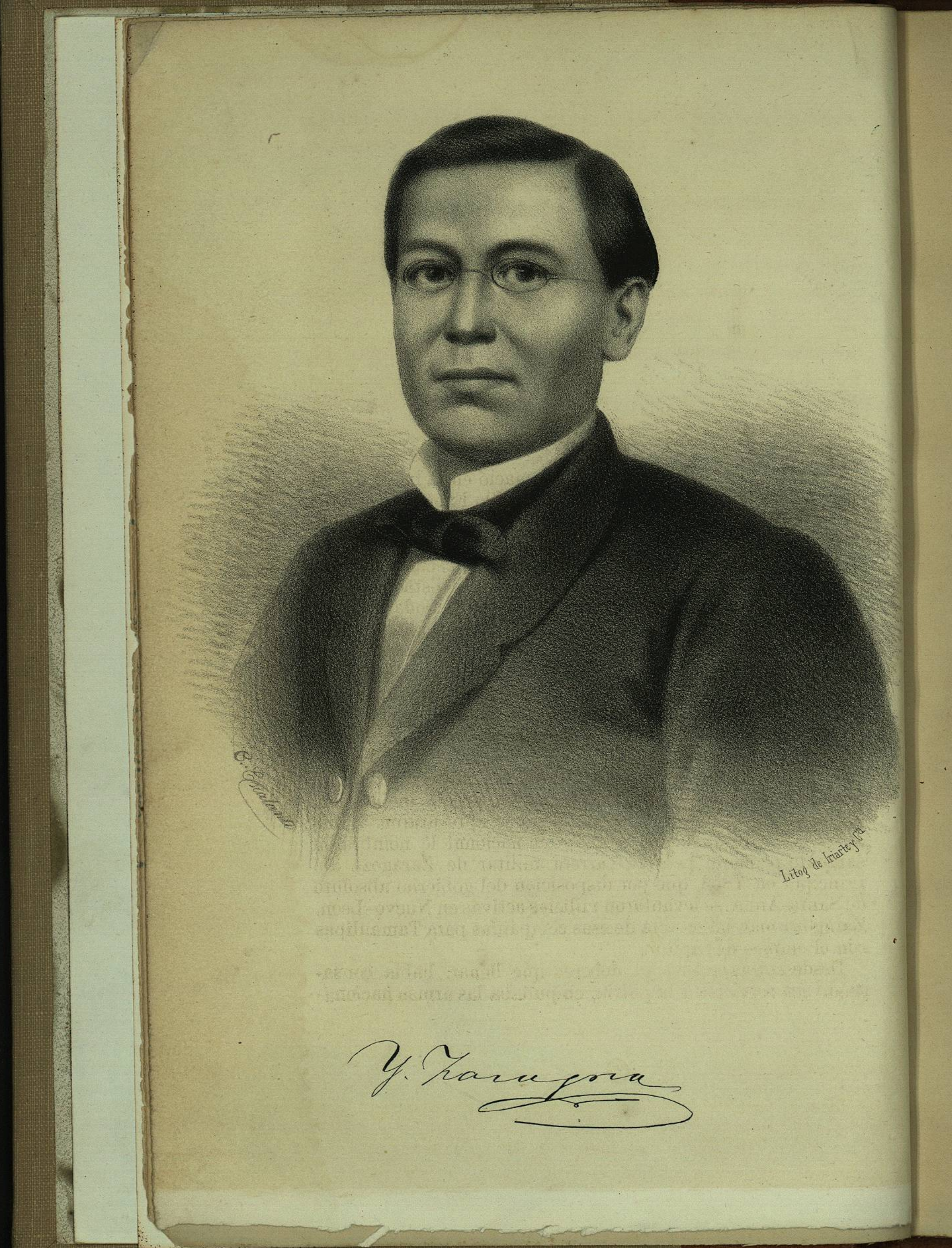
¿Quién era este hombre? Para que lo diga la historia, sus contemporáneos deben presentarle los datos relativos á su biografia, y esto es lo que yo me he propuesto hacer en el presente escrito. Le conocí, le traté íntimamente y acompañé multitud de veces durante su corta vida pública.

En dias pasados, se me pidieron por encargo de uno de nuestros mas apreciables generales, algunos apuntes de su vida, y

entonces formé los que ahora publico con algunas reformas. Todo en Zaragoza fué modesto; pero en la misma sencillez de sus actos se encontraba firmeza de carácter, voluntad propia, amor á las instituciones liberales y un génio militar que, sin pretensiones y al traves de su desprendimiento y subordinacion, se hizo conocer y respetar merced á los reiterados combates donde tuvo que admirarse su serenidad y el acierto de sus instantáneas disposiciones. Creo, pues, que estos apuntes serán bien recibidos en gracia del sencillo republicano, cuyo nombre se verá siempre radiante de gloria, á la clara luz que iluminó el venturoso dia 5 de Mayo de 1862.

México, Setiembre 30 de 1862.

Manuel Z. Gomez.



EL C. general Ignacio Zaragoza nació en la bahía del Espíritu Santo (Tejas) el 24 de Marzo de 829. Fueron sus padres el capitan Miguel G. Zaragoza, que se encontraba destinado en aquel lugar por el Gobierno mexicano, y la señora Dª María de Jesus Seguin. Recibió su primera educacion en Matamoros y la continuó en Monterey, capital del Estado de Nuevo-Leon, en donde comenzó tambien la secundaria en el Colegio Seminario de aquella ciudad. Poco inclinado á las únicas profesiones á que se podia aspirar con los estudios que se tenian en aquel colegio, que eran las de la Iglesia y del foro, abandonó la carrera y siguió á su padre, quien fué destinado en Zacatecas. Separado de la carrera militar su referido padre, regresó con la familia á Monterey, en donde su hijo Ignacio se dedicó al comercio.

Comenzaron despues á levantarse las milicias cívicas ó guardias nacionales, y Zaragoza, por su propia inclinacion, fué uno de los primeros que con gusto se apresuraron á inscribir. Sus compañeros de guardia nacional le nombraron sargento primero; pero la carrera militar de Zaragoza dió principio en 1853, que por disposicion del gobierno absoluto de Santa-Anna, se levantaron milicias activas en Nuevo-Leon. Zaragoza marchó en una de esas compañías para Tamaulipas con el empleo de capitan.

Desde entonces tuvo ya deberes que llenar: habia consagrado sus servicios á la patria; empuñaba las armas naciona-

les, y le era por lo mismo preciso ocurrir á sus sentimientos de hombre y de mexicano, y pensar en la causa que se le queria hacer defender. Aquellos sentimientos no podian consultarle la pasiva obediencia al gobierno arbitrario é inmoral que habia usurpado el poder público de su país. Zaragoza no debia, no podia servir á ese gobierno; aguardaba una oportunidad para alistarse en las filas de los que lo combatian, y esa oportunidad se le presentó con el pronunciamiento de Monterey desconociendo la administracion de Santa-Anna.

No bien tuvo lugar este feliz suceso, que tanto contribuyó en la caida de aquel tirano, cuando su digna madre, que vivia en Monterey, mandó á uno de sus hijos que violentamente fuera á Ciudad Victoria, en donde se encontraba el capitan su hermano en el batallon que daba guarnicion en aquella ciudad, para que le impusiera de lo acaecido, y le manifestara que ni por un momento más siguiera en las filas de aquel odiado gobierno, que le obligaria á combatir en contra de sus hermanos y de la buena causa que éstos defendian.

Zaragoza no vaciló: abrigaba las mismas convicciones, y de acuerdo con dos ó tres de sus compañeros, espresó con dignidad sus intenciones á su coronel, tratando de convencerlo, y diciéndole que era invariable su resolucion, así como ineficaz toda resistencia de su parte, supuesto que, como sabia, contaba con el aprecio de la tropa, que tambien queria correr la suerte de sus paisanos los nuevoleoneses. El coronel se opuso, pero no pudo impedir que al siguiente dia, 30 de Mayo de 855, Zaragoza se pusiera en marcha para la mencionada ciudad de Monterey, con algunos oficiales y 113 hombres mas que le acompañaron.

Su recepcion en todo el Estado de Nuevo-Leon sirvió de augurio á los triunfos que se esperaban, y avivó el entusiasmo en favor de la causa proclamada. Recursos, hombres, armas, todos aprestaban en aquel Estado lo que tenian, y aunque faltos de disciplina y de hábitos militares, los nacionales formaron en breves dias, un grupo de hombres que marchaban llenos de fé, á combatir las selectas tropas que tenia Santa-Anna en Matamoros al mando del siempre déspota y no bastantemente odiado francés Adrian Woll.

Distantes ya mas de sesenta leguas, se tuvo noticia que una fuerte brigada se aproximaba por el camino del interior para ocupar á Monterey. Con la velocidad posible regresaron aquellas fuerzas, y siguiendo hasta el Saltillo, vencieron allí el 23 de Junio del mismo año, á esa orgullosa brigada, que contaba con un seguro é indefectible triunfo. Sobre el campo de batalla recibió Zaragoza en esta primera funcion de armas, el grado de coronel, debido á la serenidad y al valor que desplegó en lo mas crítico y comprometido del ataque.

Zaragoza emprendió despues algunas marchas con su cuerpo, bien para el interior, ó ya para la frontera amagada de filibusteros, captándose siempre el aprecio de todos, y el respeto ademas de sus subordinados.

Derrocado el gobierno de Santa-Anna y establecido el constitucional del general Comonfort, se espidió el célebre Estatuto conocido con el nombre de Lafragua, que como es bien sabido, no se recibió bien en esta capital, ni mucho menos en los Estados. El de Nuevo-Leon y Coahuila fué el que mas manifestó una abierta oposicion. Fuerzas de Tamaulipas y del interior, marcharon por órden de aquel gobierno en combinacion para Monterey. Las primeras se anticiparon, y á una jornada de distancia de esta ciudad, derrotaron completamente el 30 de Setiembre de 856 á la única fuerza que habia quedado en el Estado, por encontrarse la demas en las villas del Norte de Tamaulipas sobre Camargo.

Una comision habia llevado á Zaragoza á Monterey cuando se sufrió aquella derrota. Ni un solo soldado habia en la plaza, que al siguiente dia debia ser ocupada por los tamaulipecos. Zaragoza convocó al pueblo para la Ciudadela, llamada así en Monterey á unas paredes situadas al Norte de la poblacion, comenzadas á levantar para fabricar un templo, y agrupados allí varios ciudadanos, resolvieron resistir.

El gefe de las fuerzas de Tamaulipas, respetando la temeraria empresa de estos ciudadanos, les intimó rendicion antes de atacarlos, fijándoles un término perentorio. Zaragoza escribió por toda respuesta estas cuatro palabras: "Desde luego puede V. comenzar sus operaciones militares."

La resistencia fué fructuosa: en tres dias no pudo ser tomada aquella débil y casi insignificante posicion, cuyos parapetos y otras obras de defensa habian sido en su mayor parte destruidos, y las fuerzas sitiadoras fueron casi derrotadas á la llegada de las de Nuevo-Leon, que levantaron á la vez el campo sobre Camargo y volaron en defensa de Monterey.

Se encontraba Zaragoza en México como particular, cuan-

do el Presidente de la República, general Ignacio Comonfort, dió en 17 de Diciembre de 857 el golpe de Estado de funesta recordacion. Separado el mismo Comonfort de los sublevados por virtud de la aclaracion que estos hicieron, desconociéndolo el 11 de Enero del siguiente año, Zaragoza con media docena de fronterizos, entre quienes figuraba el actual Ministro de la Guerra, C. Miguel Blanco, y algunos particulares que se le reunieron, ocupó y defendió la iglesia de San Pedro y San Pablo, en donde permaneció hasta última hora, dejando el puesto porque así se le previno, despues que todo se habia perdido. México fué testigo de lo que impusieron á los pronunciados los certeros tiros de aquel puñado de valientes.

Salió Zaragoza con el general Comonfort; pero despues de la defeccion de la tropa que llevaba este general, y persuadido que ninguna resistencia se haria con la que le quedaba, regresó á México para volver á su Estado, en donde no tenia duda que se combatiria vigorosamente en defensa del órden constitucional. Así lo hizo, no sin gran peligro de ser aprehendido en su tránsito, como en efecto lo fué por una partida de pronunciados; pero afortunadamente no se le conoció, y se le puso en libertad, creyéndolo comerciante.

Antes de llegar á Querétaro fué asaltada la diligencia por unos ladrones: Zaragoza, con gran sorpresa de sus compañeros de viaje que no le conocian ni sabian que fuese armado, hizo uso de su pistola que llevaba al cinto, hirió en la cabeza á uno de los ladrones, y como á la vez tambien su criado que iba en el pescante, hizo uso de otra pistola, los salteadores intimidados emprendieron su fuga, dejando tirado al herido, quien murió á los pocos momentos de haber llegado la diligencia á Querétaro.

En Abril del mismo año volvió á presentarse en el interior mandando un cuerpo de infantería del Estado de Nuevo-Leon. Con él cooperó de una manera principal en 27 de aquel mes, á la ocupacion de la fuerte plaza de Zacatecas, y de la de San Luis en 30 de Junio del mismo año, defendidas ambas plazas por fuerzas considerables y arregladas, que reconocian al llamado gobierno que emanó del pronunciamiento de Tacubaya.

Antes de esto, cuando unos centenares de rifleros mandados por el esperto, activo y valiente cuanto infortunado general Zuazua, causaron considerables daños é hicieron dispersar el 17 de Abril en el puerto de Carretas á una gran

parte de la division que á las órdenes de Miramon se dirigia para San Luis, fueron hechos prisioneros unos cuatro oficiales muy subalternos, entre ellos un jóven alumno del Colegio Militar, de muy corta edad. Zuazua, obsequiando las terminantes órdenes que tenia, determinó que fuesen pasados por las armas, y los consignó á Zaragoza para que ordenara la ejecucion.

Zaragoza no se habia encontrado en el combate: estaba con el batallon de su mando en la ciudad del Venado á unas siete leguas del cuartel general. Como soldado, contestó por oficio lo que le prevenia la subordinacion: "Cumpliré la órden, " dijo, y á las veinticuatro horas, segun V. me lo previene, se- " rán pasados por las armas los oficiales que me consigna;" pero en carta particular que tengo en mi poder, de fecha 21 de Abril de aquel año (858), le decia: "De conformidad con la " órden de V. de ayer, han sido puestos en capilla los cuatro " oficiales prisioneros que vinieron de ese punto; pero franca- " mente le diré, que me ha puesto V. en el fuerte compromiso " de ser el primer gefe de la frontera que haga ejecuciones á " sangre fria, con la circunstancia desfavorable para mí, de " que yo no concurrí á la gloriosa funcion de armas que V. " tan bizarramente ha sostenido. Considere V. mi situacion..... " Ellos,—los oficiales prisioneros—están recibiendo los auxi- " lios espirituales: han muerto ya, crealo V...... Han sufrido " mas que la misma muerte, y yo me intereso en cuanto pue- " da valer, por que se perdonen. Estos mismos sentimientos " he notado en muchos de mis compañeros." Firmada esta carta, que está escrita por su escribiente, puso de su propia letra este aumento que marca los sentimientos de la grande y á la vez generosa alma que poseia. "Seamos fuertes y terri- " bles en el combate; pero despues, que admiren nuestra hu- " manidad los enemigos que no nos conocen.—*Zaragoza.*"

Zuazua consideró estas justas razones, y yo mismo hice regresar violentamente el estraordinario con la revocacion de la órden. Así se libertaron aquellos cuatro oficiales, que lo fueron el teniente Miguel Alvarez y los subtenientes Mariano Aparicio, Lorenzo Picazo y Manuel Marin.

Durante la permanencia de las fuerzas constitucionales en San Luis Potosí, por varias veces Zaragoza espresó al general en gefe su impaciencia por continuar con actividad la campaña; y mas principalmente cuando Miramon regresaba

de Guadalajara no bien librado del combate de Atenquique, instó porque se le mandara á reforzar al coronel Aramberri, que se habia avanzado con su regimiento de Rifleros á Guanajuato, y por que se les permitiera presentar accion en forma á Miramon. Tenemos, decia, en un evento desgraciado, nuestra segura retirada á esta plaza, que por ahora, no se atreverá á atacar Miramon con las fuerzas que trae. Las combinaciones de Zuazua, segun las instrucciones recibidas, eran otras, y por esto se ordenó aun al mismo Aramberri, que se replegara al cuartel general, y no se obsequiaron los deseos de Zaragoza.

Cerca de tres meses estuvo aquel ejército en San Luis, de donde retrocedió en Setiembre, al aproximarse el que habia organizado el mismo Miramon para combatirlo. Su general en gefe, que ya no lo era Zuazua sino D. Santiago Vidaurri, resolvió tomar posiciones en la Parada y Ahualulco, en donde tuvo lugar la completa derrota que sufrió el 29 del mismo mes. Zaràgoza desde la tarde del dia anterior, que el enemigo se avistó amagando las posiciones ocupadas por el ejército constitucional por distinto rumbo al que, en los dos dias anteriores habia procurado atacar, manifestó con la modestia que le caracterizaba, lo oportuno que seria salir al encuentro del enemigo antes que formara su campamento, y batirlo por su izquierda cuando él comenzaba á hacerlo á la misma ala del nuestro. Un movimiento que emprendió el mismo Zaragoza con su cuerpo, hizo creer que en efecto así se iba á verificar; pero despues, contramarchó por órden superior, y todo siguió en el mismo estado, hasta el siguiente dia que se consumó la derrota. A Zaragoza se le colocó en la derecha, en donde permaneció hasta la conclusion con solo dos compañías, porque de las otras se habia dispuesto para reforzar el centro, y con ellas emprendió su retirada, salvando la artillería que tenia, y que fué la única que escapó en aquella malhadada accion.

Organizado nuevamente en Monterey un regimiento de Rifleros, salió éste á la campaña á las órdenes del teniente coronel Quiroga, quien incorporado con las fuerzas de Zacatecas, derrotó en Rincon de Romos una brigada que mandaba D. Joaquin Miramon. Zaragoza estaba ya en camino para tomar el mando de aquellas fuerzas, que en efecto se pusieron á sus órdenes tan luego como se presentó.

A la vez se proyectó tambien en Michoacan obrar de acuerdo con las fuerzas del Norte, y una brigada al mando del general Iniestra, con algunos restos de las fuerzas de Jalisco con que se habia retirado el general Degollado, se dirigió á Leon, y lo ocupó á viva fuerza. Perseguida en seguida por el general Liceaga, emprendió su retirada hasta incorporarse con las fuerzas de Zaragoza.

Desde este momento, de acuerdo con el general Iniestra, resolvió volver violentamente á Leon sobre el enemigo, que si no contaba con fuerzas superiores en número, sí en organizacion y disciplina. El mismo se puso á la cabeza de los rifleros que iban á la vanguardia, y despues de un ligero tiroteo con las avanzadas del enemigo, éstas con el grueso de la fuerza, emprendieron para Silao su retirada.

Al siguiente dia continuó Zaragoza su avance con el mismo órden; y desde esta última poblacion hasta Guanajuato, la persecucion fué tan activa y tenaz, que por mas de una vez creyó que contendria su marcha el enemigo y lo obligaria á presentar accion, dando tiempo á que se le reuniera la infantería y artillería, que no era posible hacer caminar al paso de los rifleros.

Lances hubo durante esta pertinaz persecucion de sumo compromiso para los rifleros y demas partidas de caballería que les acompañaban, y para el mismo Zaragoza, que casi siempre á la vanguardia, se esponia á los fuegos del enemigo, mas cuando éste se empeñó en no dejar una pieza de artillería que no podia seguir por haberse descompuesto su montaje, y cuya pieza era sucesivamente tomada y abandonada por las fuerzas de Zaragoza, hasta quedar en su poder.

No conseguido el objeto de detener al enemigo antes de que ocupara á Guanajuato, le fué preciso, de acuerdo con el general Iniestra, atacarlo en las posiciones que él mismo eligió. La precision con que correspondieron al buen éxito de las operaciones, las disposiciones que dictó, fueron elogiadas por todos los que presenciaron ese importantísimo ataque. "Tendrán— dijo al coronel la Barra, despues de preguntarle la hora que era, y cuando el enemigo se manifestaba mas orgulloso creyéndose seguro en sus posiciones, y para cuyo ataque acababa de hacer marchar las fuerzas convenientes—"tendrán " en la casa de diligencias que prepararnos una segunda " mesa para servirnos el almuerzo; pues no podrémos ocupar

" la plaza sino hasta una hora despues de en la que acos- " tumbran darlo en aquel establecimiento." En efecto, todo sucedió como habia calculado Zaragoza. Las posiciones fueron abandonadas tan luego como inesperadamente para sus defensores, se vieron éstos atacados desde puntos dominantes, y de aquí se siguió la mas completa derrota, que puso en poder del ejército federal, el 28 de Febrero de 859, algunas escelentes piezas de artillería, bastante parque, armamento, y una rica y bien provista plaza, en donde se hizo de recursos para continuar la campaña.

Por esta funcion de armas, el Sr. Degollado, que despues se puso al frente de todas esas fuerzas, le confirió—con fecha 8 de Marzo—el grado de general, con cuyo carácter continuó mandando la brigada del Norte, compuesta de las fuerzas de Nuevo Leon y Zacatecas.

Así concurrió el 11 de Marzo á la memorable accion de Calamanda, en donde incorporadas las fuerzas reaccionarias de Mejía y las de San Luis, que mandaba el ex-general Callejo, sufrieron todas una verdadera derrota, que se consumó cuando Zaragoza ocupó el cerro del Tecolote que dominaba la hacienda del Ahorcado, último punto en donde se habian atrincherado los contrarios.

El general en gefe hizo justicia al valor y comportamiento de Zaragoza y de las fuerzas que mandaba, diciendo en su parte oficial, que á ellos era debida la gloria de este triunfo.

Despues, creia Zaragoza que debia continuarse la persecucion del enemigo; pero el referido general en gefe tuvo por mas conveniente seguir su marcha para México, conforme á la combinacion que habia formado en vista de las ofertas que se le hacian de esta capital.

Así llegaron á Tacubaya sin emprender ataque formal hasta el dia 2 de Abril, que se encomendó á Zaragoza el que se ejecutó con las fuerzas del Norte y de Zacatecas, sobre la garita de San Cosme. La posicion debia haber sido volteada; pero por diversas circunstancias, aquel ataque solo sirvió para probar una vez mas, el arrojo de las fuerzas referidas, sin embargo de que no consiguieron su objeto.

Durante la permanencia de nuestras fuerzas en Tacubaya, Zaragoza se manifestaba impaciente por impedir que entraran á la plaza de México los restos de las que se habian batido en Calamanda, y despues las auxiliares que el mismo Márquez

condujo del interior; pero tanto sus observaciones con este respecto, como las que, frustrado el ataque sobre la garita de San Cosme, propuso para la retirada del ejército, fueron, aunque atendidas, no aprobadas por el general en gefe, quien tenia formado un plan diverso, y que creia seguro á causa de las fundadas esperanzas que le hacian concebir sus corresponsales, y de la ventajosa posicion en que se consideraba á nuestras fuerzas. Sin embargo, el Sr. Degollado habia convenido en la retirada del ejército, y aun llegó á marcar á Zaragoza las horas en que debian darse los toques de marcha para emprenderla; pero despues se le hizo variar por razones que Zaragoza nunca tuvo por suficientes, si bien como subordinado obedeció la determinacion que se tomó de continuar en el mismo campamento.

La historia de México tiene que hacer un penoso recuerdo del dia 11 de Abril de 859, y no por la completa derrota que sufrió el ejército federal en este dia, sino por los odiosos asesinatos de médicos y de personas inocentes, que se ejecutaron en peloton y á sangre fria, despues de la mencionada derrota.

Zaragoza, protegia en ese dia el flanco derecho del campamento, estendiendo su línea de Chapultepec á casa Mata; pero sucesivamente se le fueron pidiendo fuerzas para reforzar á las de Tacubaya, hasta dejarlo con bien pocas y tan insignificantes, que cuando se le previno que atacara al enemigo por el flanco izquierdo, no obstante su acostumbrado hábito de obedecer, observó que carecia de fuerzas con que verificarlo, por haberse dispuesto de la mayor parte de las que á sus órdenes tenia. Repetido el mandato, tuvo necesidad de cumplirlo, y al efecto se puso en marcha con su pequeña fuerza.

Permítaseme que haga aquí uso de la comparacion de que se valió el mismo Zaragoza, al referirme este suceso, porque ella aunque simple y vulgar, espresa perfectamente el resultado de aquel inconsiderado movimiento. "¿Ha visto V., me dijo, el " terror que se apodera de un perrito faldero, y la manera con " que éste huye, cuando, despues de haber impacientado con " sus ladridos á un bull-dog, éste vuelve la cara y le hace " cualquier amago? Pues de la misma manera corrieron mis " soldados, tan luego como el enemigo, apercibido de nuestros " inútiles fuegos, volvió sobre nuestra posicion una batería y " nos hizo una descarga. Nuestra pieza quedó desmontada, " y todos, porque yo ni aun intenté contener á los soldados, " tuvimos que retroceder algo mas que de prisa."

Dispersado el ejército, Zaragoza y el coronel Quiroga lograron reunir algunos soldados, con los que se retiró rumbo á Morelia, tomando despues para el bajío de Guanajuato. En Irapuato se incorporó á la brigada con que el general Gonzalez Ortega se habia puesto en marcha con intencion de auxiliar al ejército federal. En el momento se entendieron estos dos gefes que desde entonces fueron tan buenos amigos, y puestos de acuerdo, resolvieron avanzar sobre Querétaro, é hicieron en efecto salir las fuerzas para Salamanca.

En este lugar Zaragoza hizo saber á la division por la órden del dia, que habiendo admitido el grado de general tan solo porque así se creia conveniente á la gerarquía militar, en razon al mando que tenia de un cuerpo, cuando se reunieron las fuerzas que marchaban sobre México, hacia dimision de ese grado, debiendo en consecuencia continuar considerándosele como coronel, que era el empleo que antes obtenia.

En el mismo Salamanca recibió órdenes terminantes del coronel Zuazua, que á la sazon se encontraba en San Luis investido con el mando en gefe del ejército de operaciones del Norte, para que dirigiera su marcha para aquel cuartel general. La subordinacion le hizo obedecer esta órden, que el mismo general Ortega convino en que era preciso obsequiar, y desbaratado así el plan que habian combinado, Zaragoza siguió para San Luis y Ortega retrocedió para Leon.

En su tránsito recibió Zaragoza comisionados de Guanajuato, ofreciéndole el mando de las fuerzas de aquel Estado, y proporcionarle recursos. Dió, como era de su deber, cuenta al general en gefe, y con su acuerdo y previas sus órdenes, volvió para Silao á la vez que el general Zuazua se dirigió á Aguascalientes, en donde se proponia dar arreglo al ejército para continuar las operaciones militares.

A insinuacion del gobernador de Nuevo-Leon, los de Zacatecas, Aguascalientes, Guanajuato y San Luis, convinieron en reconocer con el mando en gefe del ejército de operaciones al referido Zuazua y de su segundo á Zaragoza, á quien con este motivo le confirió aquel gobernador, con fecha 25 de Abril, el nombramiento de general, y cuyo nombramiento fué aprobado con fecha 5 de Mayo por el supremo gobierno.

Así funcionaba en aquel ejército cuando se presentó una bien armada seccion de Tamaulipas, mandada por el coronel García. Zuazua para manifestar su aprecio á aquella seccion,

resolvió nombrar segundo en gefe al que la mandaba, y así lo dió á reconocer por órden general, confiriéndole provisionalmente y á reserva de la aprobacion del general en gefe y del supremo gobierno, el grado de general. Zaragoza quedó por esto subalternado, aunque con el mando de su misma brigada; pero no manifestó ni el menor disgusto, ni tibieza tampoco en el cumplimiento de sus deberes, y en sus deseos por volver á abrir la campaña.

De Leon se resolvió emprenderla sobre las fuerzas que, acaudilladas por Velez, ocupaban á Guanajuato, pero al aproximarse las federales se retiraron las primeras, no creyendo seguramente oportuno defenderse en aquella ciudad, y tambien para incorporarse con las que Woll llevaba de la capital, con encargo de sustituir á Velez. Zaragoza creia que seguirian sobre el enemigo; pero el general en gefe tuvo por mas conveniente para proveerse de recursos, dirigirse sobre Guanajuato. Ya en esta poblacion, que ciertamente no conocia el referido general en gefe, advirtió que ni era prudente conservarla, ni aguardar en ella á las fuerzas reaccionarias; y por esto determinó su violenta desocupacion, procurando salvar la artillería, cuya comprometida comision encomendó al general Hinojosa, retirándose él con el grueso de la fuerza para San Felipe: Zaragoza no opinaba favorablemente con respecto á este movimiento, que entendia debia verificarse con todas las fuerzas al encuentro del enemigo; pero estaba subordinado al general en gefe, y como siempre, obedeció fielmente lo que se le mandó.

Vueltas las fuerzas del Norte á San Luis, tuvieron lugar algus disturbios que á Zaragoza no le fué posible impedir. Uno de los cuerpos de rifleros desobedeció al general en gefe, á la vez que éste estaba próximo á dejar el mando por estar ya en camino para San Luis el general D. Santos Degollado. El gobernador de Nuevo-Leon, que siempre conservó el carácter de general en gefe de las fuerzas del Norte, reclamaba el ejemplar castigo del coronel Quiroga, gefe que mandaba el cuerpo sublevado, y llegó á pedir con exigencia que se le consignara para juzgarlo.

El Sr. Degollado confirió á Zaragoza la comision de pasar á Monterey para hacer esplicaciones á aquel funcionario, y para manifestarle el compromiso en que le ponia si no retiraba las apremiantes notas que con este motivo le habia dirigido. A

su llegada á Monterey se encontró con mas graves inconvenientes, á consecuencia del decreto espedido por aquel gobernador, en 5 de Setiembre de 1859, previniendo que regresaran al Estado las fuerzas que estaban en el interior, y que por haber puesto al servicio de la federacion, debian sujetarse al general en gefe nombrado por el supremo gobierno.

Nada, pues, pudo avanzar en la comision que se le encomendó; mas como en camino de regreso para San Luis, recibiera la disposicion dictada por el espresado general Degollado destituyendo del mando político y militar al gobernador de Nuevo-Leon y Coahuila, y sujetándolo á un juicio por haber espedido aquel decreto, y se le ordenara que auxiliase al general Aramberri, encargado de hacer cumplir aquella disposicion, volvió á Monterey, en donde en efecto, puesta inmediatamente á sus órdenes toda la guarnicion de aquella ciudad, tuvo lugar el cambio, sin que de pronto se hiciera resentir la menor desgracia. Zaragoza dejó espedita la salida de aquel gobernador, con solo su oferta de retirarse de los negocios públicos y de no volver á tomar parte en ellos. "Protesto ante el Estado—decia á Zaragoza aquel gobernador, D. Santiago Vidaurri, en comunicacion fecha 25 de Setiembre—que ya esté conforme con dicho paso ó no, seré en lo de adelante completamente estraño respecto de sus asuntos."

Todo el empeño de Zaragoza era el de preparar fuerzas para volver á la campaña, pero los disturbios del Estado no le permitieron salir con las primeras que se habian organizado, y como entretanto tuvo lugar la tercera completa derrota que sufrió nuestro ejército en la Estancia de las Vacas, y volviera en el Estado, por consecuencia de los convenios que celebró el nuevo gobernador, la administracion que habia combatido, resolvió marchar á Veracruz para conferenciar con el Supremo Magistrado de la República, con referencia á los medios que deberian adoptarse para ordenar las fuerzas del interior.

Con pesar se separó Zaragoza de Veracruz el 28 de Febrero de 1860, porque lo verificaba en los mismos momentos en que se aproximaban las fuerzas reaccionarias al mando de Miramon; pero lo hizo sin embargo, plenamente convencido de que no seria ocupada aquella plaza, y que él podia ser mucho mas útil en el interior, en donde esperaba cooperar para que se espedicionara con mas actividad, aprovechando el entretenimiento del ejército reaccionario sobre aquella plaza.

Zaragoza se dirigió para Zacatecas, en donde el general Gonzalez Ortega con gusto aceptó sus servicios, nombrándolo desde luego comandante militar de la plaza, y encomendándole el arreglo y organizacion de las fuerzas que tenia.

A la vez militaba el general Uraga por las inmediaciones de San Luis con la division del centro, y sabedor de que Zaragoza estaba en Zacatecas, lo pidió á Gonzalez Ortega para encargarle la mayoría general de su division. Este era el puesto que ocupaba el 24 de Mayo de 860, que se dió el arrojado ataque sobre la plaza de Guadalajara.

Zaragoza estuvo con frecuencia en los puntos de mas riesgo durante ese ataque, y cuando el general en gefe se separó del Hospicio para ocurrir á otro punto en donde se creia necesaria su presencia, le dejó encomendada la vigilancia de la columna que por allí obraba, y que era á la que se habia confiado el ataque principal. Momentos despues recibió el aviso de haber sido herido el general Uraga, á la vez que vió sucumbir á su lado al gefe que habia sido puesto al frente de la columna de ataque. Sin embargo, se esforzaba Zaragoza por reanimar el valor del soldado, cuando recibió órden del mismo general en gefe para retirarse. Así lo verificó con todo arreglo, colocándose él mismo á retaguardia para proteger la retirada.

Siguió Zaragoza en el Sur de Jalisco mandando la division del centro, si bien reconociendo como general en gefe á D. Pedro Ogazon, que mandaba las fuerzas de aquel Estado. Ambas contuvieron por algunos dias en Sayula á Miramon, en donde Zaragoza aun llegó á proponer que se intentara atacarlo.

Vuelto Miramon á Guadalajara y en seguida para el interior, las fuerzas de Jalisco y la division del centro permanecian con grandes escaseces, y sin poder emprender de una manera séria sobre la plaza de Guadalajara. Algunos de los cuerpos de la division de Zaragoza regresaron á sus Estados, y de dia en dia se tenian bajas considerables. Preciso era, pues, tomar una resolucion, y la de Zaragoza fué de marchar en solicitud de las fuerzas que acaudillaba el general Gonzalez Ortega, para seguir con actividad la campaña, y así lo hizo tan luego como logró convencer al general en gefe y obtuvo el permiso correspondiente.

La marcha era peligrosísima: tenia que pasar á la vista de la plaza de Guadalajara, de donde podian salir á batirlo con

fuerzas muy superiores, y ademas Miramon debia estar por Lagos, y era fácil que le impidiera incorporarse con Ortega. Si las fuerzas de Miramon se ponian en combinacion con las de Guadalajara, su ruina era indefectible, y para evitarla era preciso violentar jornadas y tomar todo género de precauciones. Zaragoza, pues, ocultó su movimiento lo mas que pudo, y á las doce de la noche del 31 de Julio, lo emprendió de Santa Ana Acatlan, sin poder evitar el paso al siguiente dia á la vista de la plaza de Guadalajara. Tres noches y dos dias de camino con solo la demora necesaria para que la tropa tomara alimento y muy ligeros descansos, pusieron á esta fuerza á salvo, y en estado de prestar la importantísima cooperacion que inauguró en Silao, la serie de triunfos que decidió en favor de la causa constitucional la sangrienta lucha sostenida por consecuencia del motin de Tacubaya.

En la villa de la Encarnacion dió Zaragoza descanso á su tropa, y en Lagos se incorporó á la que mandaba el general Gonzalez Ortega, á quien desde luego reconoció como gefe, conviniendo en continuar para presentar accion y procurar batir á la escogida division que mandaba en persona el mismo Miramon.

En la tarde del dia 9 de Agosto estaban ya las fuerzas federales á la vista de Silao, en donde se encontraban las contrarias, que desde luego formaron su línea de defensa á la salida de la misma poblacion. En la noche establecieron Gonzalez Ortega y Zaragoza el campamento de las suyas, colocando en los lugares convenientes la artillería, y preparando las columnas que debian emprender el ataque al dia siguiente.

Observadas aquellas posiciones al amanecer de este dia, comenzó á batirlas el enemigo. Sufrian las fuerzas federales un vivo fuego de artillería, y la hora del ataque se retardaba, porque aun no se presentaba en el campo la brigada Berriozabal, que por momentos se esperaba. Zaragoza notó que, á la vez que el enemigo formaba columnas, comenzaba á desmoralizarse uno de los cuerpos, en el que hacian mas daño aquellos fuegos, y conoció desde luego que se corria un gran riesgo en demorar por mas tiempo las operaciones de iniciativa: era preciso aventurar mucho, para no esponerse á perderlo todo. Hizo, pues, que uno de sus ayudantes fuese violentamente á proponer al general en gefe, un ataque á la bayoneta sobre las baterías y columnas enemigas, y adoptado su plan despues

de la ligera conferencia que personalmente tuvieron en seguida ambos gefes, se puso al frente de los cuerpos de San Luis y Morelia, llevando en sus manos la bandera de uno de los primeros, y cargó con tal ímpetu, que á los pocos momentos hizo ondear esa misma bandera en el centro de las baterías enemigas. Ortega ejecutó otro tanto, aunque con alguna demora por consecuencia precisa de su posicion y de las sinuosidades del terreno, por la ala izquierda, y en el acto fué general y absoluta la derrota de aquellas fuerzas, que como se ha dicho, acaudillaba el titulado Presidente de la República D. Miguel Miramon.

Siguió Zaragoza con el carácter de mayor general, y como gefe de su brigada, y despues mandando una division en la campaña que se emprendió sobre la fuerte plaza de Guadalajara. Durante el largo sitio que se puso á esta plaza, fueron notorios sus trabajos y siempre notables por las ventajas que obtenia. Los principales gefes pertenecientes á las fuerzas constitucionales que espedicionaban en el interior, se encontraban en ese sitio, y todos tenian una prediléccion tan particular á Zaragoza, que cuando por consecuencia de la enfermedad del general en gefe, se tuvo que nombrar un sustituto, la junta de generales que al efecto se reunió, lo hizo sin vacilar y por unanimidad en favor de Zaragoza.

A la sazon se aproximaba ya en auxilio de Guadalajara una fuerte division mandada por Márquez, y que contaba con casi todas las notabilidades del ejército reaccionario. Zaragoza tuvo por esto que violentar sus operaciones sobre la plaza, que atacó decididamente el 29 de Octubre. Los combates que en aquel dia tuvieron lugar, y la lucha que con particularidad se trabó en Santo Domingo, punto que vigilaba en persona y que desde antes habia atendido inmediatamente el mismo Zaragoza, encomendando los preparativos para el asalto al infatigable y valiente coronel Guccione, dejaron huellas imperecederas del valor y arrojo de los asaltantes y de la pericia de su general.

En la mañana del siguiente dia todo se suspendió para celebrar un armisticio, y luego unos tratados, que obligaban á salir á los defensores de la plaza con rumbo opuesto á la direccion de los que iban á prestarles auxilio, y que para entonces solo distaban de Guadalajara siete leguas.

El 31 ya estaban sobre el ejército auxiliar las divisiones de

México y de Jalisco, y Zaragoza tomaba en persona el cargo de las operaciones para batirlo. Su general en gefe mandó comisionados con una comunicacion, proponiendo que se le incluyera en los convenios celebrados en Guadalajara; pero Zaragoza los despidió manifestándoles, que muy sensible le era el derramamiento de sangre mexicana, pero que el honor nacional no le permitia entrar en tratados con gefes, oficiales y tropa que se dejaban mandar por el famoso asesino de Tacubaya.

A las pocas horas todo estaba concluido: Márquez emprendió una retirada imposible, y habiendo sido alcanzado por las fuerzas de Zaragoza, tuvo que prevenirse para resistir al subir las lomas de Calderon: Zaragoza, despues de un ligero reconocimiento, formó sus columnas de ataque, y cuando éstas avanzaban, habiendo observado que las fuerzas contrarias entraban en desórden, mandó cargar á la caballería, con lo que aquellas corrieron precipitadamente, y la derrota de Márquez se consumó, escapándose él mismo y algunos otros gefes y oficiales, debido á la bondad y ligereza de sus caballos.

Decidida quedó con este hecho de armas la cuestion en el interior, y solo faltaba para el golpe de gracia, ocupar la capital de la República.

Zaragoza volvió á Guadalajara con objeto de apresurar la salida de las fuerzas, cuya marcha dispuso por divisiones, siendo la de México la primera que la emprendió, con órden de permanecer en Querétaro. Su general en gefe le informó lo conveniente que seria continuar hasta Toluca para preparar víveres y otros recursos al ejército cuando se aproximase á la capital, y Zaragoza se lo permitió, recomendándole mucho que estuviera siempre con las debidas precauciones.

En Querétaro supo el dia 10 de Diciembre, que esta division habia sido sorprendida y completamente derrotada en Toluca. Desde entonces previó que se emprenderia movimiento para atacarlo, y sin embargo que carecia de parque, porque aun venian á larga distancia los carros que lo conducian, hizo marchar todo el ejército hasta Arroyozarco, para donde salió el dia siguiente, y por su órden su secretario hasta el punto en que encontrara al general Ortega, quien, restablecido de su enfermedad, volvia para tomar el mando del ejército. "Dígale " V. al general Ortega, le instruyó al secretario, que me es" pero, que Miramon, alentado con el triunfo obtenido en To" luca, saldrá á batirme, y que yo no esquivaré el combate;

" que ya sabe que casi no cuento con mas parque que el que " tienen los soldados en las cartucheras y la artillería en las " cajuelas; pero que yo no retrocederé, y sí bien, iré á su en" cuentro, con cuyo objeto salgo hoy mismo para Arroyozarco. " Que de todas maneras, le suplico que violente su marcha, " más principalmente si considera que yo hago mal; pues en " este caso, es necesario que se apresure para tomar el mando, " y entonces él determinará y yo obedeceré lo que ordene."

Gonzalez Ortega aplaudió la resolucion de Zaragoza y apresuró en efecto su marcha; pero no para variar el plan, sino para auxiliarlo en su ejecucion.

El 18 en la tarde llegó á Arroyozarco, y ya el 21 tuvo que ponerse en movimiento el ejército, porque en efecto, era ya indudable que Miramon marchaba con intencion de batirlo. Al bajar la cuesta de Calpulalpan, se encontraron en retirada las últimas fuerzas que en San Francisco se habian puesto avanzadas para observar al enemigo. Tiempo era, pues ya, de elegir el campo para presentarle accion, y éste lo fué en un llano que está, pasado el rancho de San Miguel.

Colocadas nuestras fuerzas y recorrida la línea por el general Gonzalez Ortega, le pareció algo desfavorable la posicion de la ala izquierda; pero era tal la confianza que tenia de Zaragoza, que despues de la conferencia que con él tuvo, acordó solamente reforzar aquel flanco, encomendado al mismo Zaragoza, convencidos ambos que por allí cargaria el enemigo con mayor fuerza. Así sucedió en efecto al dia siguiente; pero á la vez que Ortega arrollaba por la derecha la izquierda del enemigo, cargando con intrepidez para auxiliar á Zaragoza, éste resistia el vigoroso ataque que contra su línea se emprendió, y aun hacia avanzar fuertes columnas que vencieron tambien, siguiéndose el mas completo triunfo, que abrió las puertas de la capital de la República al ejército federal.

Desde la noche del 24 se libraron órdenes á Zaragoza para que se apresurara á ocupar la capital á fin de impedir los desórdenes que fundadamente se temian, supuesto que habian salido ya en fuga las pocas fuerzas que la guarnecian. Desde entonces quedó con el mando de las armas en la plaza, y todos presenciaron la actividad y energía que desplegó para contener los atentados que comenzaron á cometerse, y para lo que le fué preciso ordenar dos momentáneas ejecuciones en la misma plaza principal.

Despues se le encomendaron algunas espediciones que siempre desempeñó con acierto y actividad.

Separado Gonzalez Ortega del Ministerio de la Guerra, se le confirió al mismo Zaragoza, quien con este objeto fué llamado de Puebla, adonde se encontraba al frente de su division. En Abril comenzó á desempeñar ese importante puesto, en el que desde luego se hizo notar por la prudencia, aplomo y oportunidad de sus disposiciones, mas principalmente cuando, dejando á la capital en momentos de continuas y fundadas alarmas, sin guarnicion alguna, hizo salir violenta y ocultamente la fuerza toda que habia disponible, para reforzar la brigada Tapia, que de improviso cayó y venció el 20 de Octubre del año pasado en Pachuca, á las fuerzas reunidas de la reaccion, que acaudillaban Márquez, Mejía, Zuloaga y otros de sus principales gefes.

Del ministerio salió para encargarse en el ejército de Oriente del mando de una division, emprendiendo su marcha el 21 de Diciembre del mismo año, á la vez que la señora su esposa se encontraba sumamente grave. Zaragoza sabia bien que tenia que despedirse para siempre de aquella muger que idolatraba, pues los médicos ya le habian anunciado lo incurable de la enfermedad que padecia; pero no hizo la menor observacion á la órden de marcha que se le dió, y que le habria sido fácil retardar, supuesta la justificacion del motivo, y las consideraciones y el distinguido aprecio que le tenia el présidente de la República.

Como era de esperarse fué muy bien recibido en aquel ejército, en el que despues funcionó como su gefe, por haber sido ocupado en otra comision el general Uraga, que lo mandaba.

Los tratados de la Soledad celebrados con los comisarios de las tres potencias aliadas, dieron esperanzas de un arreglo pacífico, é infundieron por desgracia tal confianza, que se dispuso de una parte de aquel ejército para destinarlo á combatir los restos de la reaccion, y se pusieron en receso algunos cuerpos de la guardia nacional.

Zaragoza lamentaba la estraccion de fuerzas en su ejército, y con sentimiento veia que se le separaban á distancias en que tal vez, en caso ofrecido, no podria reunirlas con la conveniente oportunidad; pero como era de su deber, obedecia las órdenes que sobre el particular se le espedian, limitándose á informar al supremo gobierno sus temores con respecto á la

mala fé que observaba por parte de los franceses, su juicio sobre ser inevitable la guerra, y la importancia por lo mismo, de que fuese atendido con preferencia y aumentado el ejército de Oriente.

Se llegó en efecto á confirmar la necesidad de la guerra con la resolucion tomada por los comisarios franceses el 9 de Abril, en cuya virtud se declararon rotos los tratados de la Soledad; y como se ha visto, para entonces el ejército de Oriente estaba bien disminuido. Sin embargo, Zaragoza se decidió á combatir, y si no hubiera sido por la escandalosa infraccion del artículo de aquellos tratados, que imponia á las fuerzas estranjeras la obligacion de retirarse á sus antiguas posiciones, antes de romper las hostilidades, Zaragoza les habria disputado, y quizá con buen éxito, el paso del Cerro del Chiquihuite, calificado por todos de fuerte para oponer una vigorosa resistencia.

Esta, pues, debió limitarse á otros puntos en el camino que emprendieran de Orizaba sobre la capital de la República. En aquellas circunstancias no faltaron quienes, sin embargo de su patriotismo y conocido valor, calificaran de imprudente y aun de temeraria, toda resistencia formal, opinando por la retirada del ejército hasta la capital, para reunir mayores fuerzas que presentar al enemigo. Zaragoza creyó que debia combatir con lo que tenia, sin desesperar del triunfo; así entendió que lo exigia el honor nacional, y no vaciló en ponerlo en ejecucion.

En las cumbres de Acultcingo se propuso disputar el paso al invasor, y lo habria hecho de una manera mas séria, si el parte que se le dió de ser amagada su retaguardia por fuerzas considerables reaccionarias, no le hubiera obligado á hacer retroceder el ejército, abandonando los trabajos de la fortificacion pasajera que comenzaba á levantar.

Satisfecho de la poca exactitud de aquel aviso, regresó violentamente para ver lo que podia hacer con respecto al plan que se habia propuesto antes, y solo tuvo el tiempo preciso para improvisar la resistencia que opuso el 28 de Abril de este año, que si bien nunca fué con intencion de sostener y conservar el punto, ella bastó para probar la pericia del general, y el valor y arrojo de nuestras tropas. El órden que se guardó en el combate, y las providencias dictadas de antemano para la retirada, despues sostenida con la brigada de Oajaca si-

tuada convenientemente, siempre hará honor al general Zaragoza, que hizo comprender al soldado mexicano con aquel primer ensayo, que podia y debia medir sus armas dignamente con el disciplinado, aguerrido y siempre orgulloso ejército francés.

Y no era por cierto halagüeño el estado que guardaban nuestras tropas en aquellas circunstancias. Se necesitaba el temple de alma, la firmeza de carácter y el valor y entusiasmo de un hombre como Zaragoza, entregado todo al servicio de su patria, para aventurar el combate. Véase en comprobacion lo que me escribia el mismo dia 28, momentos antes de sostenerlo:

" Quedo impuesto por su grata fecha 26 del corriente, de " las noticias que V. me comunica. Una de ellas es el re- " greso de la brigada de San Luis, que si mucho sorprende á " V., mas me sorprende á mí, que con la tenacidad de un li- " mosnero indigente, desde el 8 de Marzo estoy predicando al " gobierno la mala fé de los franceses, la necesidad de que nos " preparemos con tiempo, y el urgente envío de fuerzas respe- " tables; pero quizá por imposibilidad no se me ha atendido, " y hoy me encuentro á la vista del enemigo estranjero con un " puñado de valientes dignos de mejor suerte, todos desnudos, " muertos de hambre, y que no será remoto sucumban, aun- " que fia mucho en su bravura y entusiasmo su afectísimo " amigo.—*I. Zaragoza.*—Aumento.—Estoy recorriendo mi " campamento: ya está el enemigo al frente."

Retiradas las fuerzas despues del combate, creyó conveniente imponer al supremo gobierno de los motivos todos de sus anteriores operaciones, del estado que guardaba el ejército, los movimientos que se proponia ejecutar, y puntos en donde, en su concepto, debia hacerse la principal defensa. La situacion era en efecto bastante grave: nada debia aventurarse sin que lo conociera el supremo magistrado, en quien la nacion habia depositado su confianza, y sin obtener tambien su superior aprobacion.

Las consecuencias, pues, de sucesos de tan vital importancia, solo se debian aceptar prévio el acuerdo espreso de aquel supremo magistrado, ya que habia tiempo para recabarlo. Por esto Zaragoza dirigió al ministerio de la guerra, con fecha 2 de Mayo desde Amozoc, una estensa comunicacion dando cuantos informes le parecieron convenientes, y diciendo con franqueza lo que entendia que debia hacerse. La conclusion de este oficio contiene conceptos que pueden y deben servir de modelo donde quiera que se estimen en su justo valor, la subordinacion militar y el acatamiento y la obediencia á los gobiernos legítimos, y por esto he creido muy conveniente insertarla íntegra, tal cual aparece en la misma comunicacion oficial. Hé aquí esa interesantísima conclusion:

"Dejo espuestas las razones de la conducta que he observado " y de la que me propongo seguir, esplicando los fines á que " mis operaciones conducen; pero tambien estoy resuelto á " batirme campalmente ó como el gobierno me lo ordene, con " los enemigos que tengo cerca, sobre lo que espero se sirva " determinar el C. Presidente lo que juzgue digno de su reso- " lucion, seguro de que encontrará en este cuerpo de ejército " un gefe con subordinados, que obedecerán sin réplica las su- " premas disposiciones, con honor y lealtad hasta sucumbir " con gloria."

Aprobado que fué su plan, trató ya de ejecutarlo; pero desgraciadamente tuvo que atender á las fuerzas reaccionarias, en cuya persecucion destacó las brigadas O'Horan y Carbajal, con objeto de impedir que aquellas se incorporaran á las invasoras, al aproximarse á Puebla. El combate se trabó en esta ciudad el nunca olvidable 5 de Mayo, anticipándose un dia al en que lo esperaba Zaragoza. " Si el gobierno, decia al " ministro de la guerra, con fecha 3 del mismo mes, haciendo " un esfuerzo supremo me mandara violentamente mañana " dos mil infantes, yo le aseguraria hasta con mi vida, que la " division francesa seria derrotada precisamente el dia 6."

Las operaciones se precipitaron, y Zaragoza tuvo que batirse sin este auxilio que llegó en la noche del dia 6, y sin las referidas brigadas O'Horan y Carbajal, contando solamente con una fuerza cuyo número no pasaba de 5,000 hombres.

Cuando en México, y casi por todos en general, solo se esperaba á lo mas una resistencia honrosa, pero siempre sin esperanza de triunfo, el telégrafo estaba trasladando minuto por minuto partes que anunciaban ser rechazadas las columnas de ataque que desprendia el enemigo, quien al fin tuvo que replegarse hácia la hacienda de San José.

Salvado estaba ya al oscurecer del 5 de Mayo el honor de nuestras armas, y el ejército francés solo trataba de su propia defensa: " Pero yo no podia atacarlo, dice el general en gefe,

" en el parte que dió al supremo gobierno, porque derrotados " como estaban, tenian mas fuerza numérica que la mia."

¡Gloria á Zaragoza! ¡Remembranza eterna á los valientes que le acompañaron! México vuelve desde este dia á tomar significado digno ante el mundo entero; y tú, Zaragoza, serás conocido en su historia por el restaurador de su nombre, y se te llamará buen hijo, esclarecido patriota, guerrero invencible, sincero, leal y modesto republicano...............................

Pero sigamos la relacion de los hechos.

Cuando el ejército invasor formalizó su retirada para Orizava, por muchos se creyó que el nuestro le causaria considerables daños, y aun su completa derrota. Quizá tambien Zaragoza abrigó algunas esperanzas, y animado de estas intenciones salió en su persecucion de Puebla, y aun llegó en Acatzingo el dia 13, á presentarse prevenido para el ataque. Pero á la vez que dictó al efecto sus disposiciones, pasó en persona á hacer un reconocimiento, y habiendo observado lo compacto del campamento enemigo, la buena colocacion de sus piezas, y de las posiciones que tomó para aguardarlo, no pudo menos que vacilar. "Temí un mal resultado, le oí yo " mismo decir, y temblaba por la suerte de la República, en " este caso, por no haber ni en Puebla ni en la capital un ejér" cito de reserva. Sin dar á entender mis temores, llamé á " algunos de mis compañeros para observarlos, y creí notar en " ellos mis mismas dudas. Entonces sin vacilar, pero tampo" co sin que se conociera que desistia del ataque, ordené que " se diera rancho á la tropa y se descansara un rato. Des" pues dispuse su marcha para diversos puntos, ya con el fir" me propósito de no batir al enemigo, ni en aquel lugar ni " en otro alguno de su tránsito, supuesto que no me prome" tia poderme colocar en una posicion ventajosa."

Ya en Orizava el ejército enemigo, una sola vez intentó un formal ataque sobre la plaza. Su combinacion fué unánimemente aplaudida, y á no ser por un descuido imperdonable de los oficiales que mandaban las fuerzas avanzadas en el punto importantísimo, ocupado ya, del Cerro del Borrego, el ataque se habria verificado al amanecer del dia 14 de Junio, y el ejército invasor se habria visto probablemente precisado á capitular ó á sufrir una completa derrota.

Atenciones del servicio le trajeron á esta capital el 20 del mes anterior, despues de haber recorrido los lugares en donde

tenia acampada su fuerza, y aunque procuró ocultar su venida, que en efecto no se supo hasta su llegada á esta capital, no bien lo verificó, cuando esparcida la noticia, el pueblo y sus amigos se apresuraron á saludarlo. Con ellos pasó casi todo el dia siguiente, siendo con frecuencia solicitado por grandes grupos de ciudadanos que con entusiasmo le victoreaban por las calles, y mas principalmente cuando se presentaba y recibia las comisiones que le mandaban para felicitarlo.

Sus mismos amigos le obsequiaron con un almuerzo y despues con una comida, en la que por última vez le vimos contestar con afabilidad y sumamente conmovido, á los elogios que se le tributaron en los espresivos brindis que le dirigieron el C. Presidente y algunos particulares. Zaragoza hacia recaer el mérito de la accion del 5 de Mayo en sus compañeros, en el valiente ejército que tenia el honor de mandar, y protestó á su nombre, que sucumbiria primero que dejar mancillar el decoro nacional, en cuya patriótica tarea sabia bien que seria secundado á su vez, por el pueblo de esta capital y el de la República toda, que pelearia con el mismo valor y entusiasmo. Dijo que la atencion de aquel ejército era esclusiva á solo el preferente objeto de la guerra estranjera: que habia en él union íntima, subordinacion y disciplina, y tenia ciega confianza en el Supremo Gobierno, quien podia obrar con entera libertad, y con la plenitud de sus poderes, seguro que no encontraria las menores trabas en el mencionado ejército. "Todos los que lo componen, añadió para concluir, son mis " hijos, mis hermanos, y yo solo le ruego al Supremo Magis" trado que haga por que se les proporcione cuanto contribuya " á satisfacer sus mas precisas necesidades, ya que las escase" ces generales no permiten atenderlos en todo, como estoy se" guro que lo desea el mismo digno Magistrado, y ellos se lo " merecen......" Esta fué su despedida, y despedida para siempre de sus amigos de México.

El 22 por la mañana partió con sus ayudantes por la diligencia para Puebla, de donde siguió para el cuartel general, y despues fué á visitar las fuerzas que estaban en las Cumbres de Acultzingo.

De esta espedicion regresó enfermo, y como se agravara, se le condujo hasta Puebla como lugar de mayores recursos para atenderlo y asistirlo. El telégrafo nos anunció el dia 4 su regreso, y al dia siguiente ya se habia generalizado la in-

fausta noticia de encontrarse atacado de la peligrosísima fiebre tifóidea.

La ansiedad se representaba en todos los semblantes por saber de su interesante salud; pero inexorable el destino, cortó los dias del jóven guerrero á las diez y diez minutos de la mañana del dia 8, segun se comunicó por el mismo telégrafo.

Sus últimos votos fueron por el bien y prosperidad de su patria: sus delirios recorrer el campamento, marchar, batir, triunfar de nuestros injustos invasores, y no se olvidó en ellos de hacer marcar la dolorosa y profunda indignacion que le causaba la conducta de los traidores. Para ellos sus últimos anatemas; para la nacion, para el pueblo, para la democracia y el progreso, su alma, su corazon, su espada, su misma vida. Murió, cuando todos se habian ya convencido de su valimiento é importancia en la guerra estranjera, y los republicanos le consideraban como la mas firme columna de las instituciones, su campeon esforzado é incorruptible; á la vez que sus enemigos en opiniones, le respetaban y admiraban. Murió, cuando tambien en las repúblicas del continente americano comenzaban á referirse sus gloriosos triunfos, y á elogiar su nombre, que gustosos colocaban al lado de sus héroes mas queridos. *

Así concluyó su corta vida el general Ignacio Zaragoza. La nacion reconocida le ha decretado distinguidos honores, sin olvidarse de su tierna hija, de su inconsolable madre y de sus hermanas, á quienes ha señalado pensiones decorosas. Acordó tambien que se le hicieran solemnes honras fúnebres, con cuyo objeto fué trasladado su cadáver á esta capital, y depositado en el salon de sesiones del Palacio Municipal hasta el

* En Lima se publicó con fecha 5 de Julio por D. Arnaldo Márquez, en elogio de Zaragoza, una brillante composicion en la que se leen los versos siguientes,

Y en la mision magnífica y fecunda
Que llenas hoy sobre tu patrio suelo,
Siguen nueve naciones
La luminosa huella de tu espada
Con ansiedad profunda;
Y á cada paso que en tu senda avanzas
De peligros cercada,
Palpitan de sublimes esperanzas
Todos los corazones. . . .
¡Ah! Feliz tú, que el corazon conmueves
De cuarenta millones. . . .

dia 13 que se pasó, con un inmenso acompañamiento presidido por el mismo Supremo Gefe de la Nacion y sus Ministros, al panteon de San Fernando. Allí se pronunciaron sentidos discursos al tiempo de la inhumacion, y se advirtió mas principalmente el dolor de que estaban poseidos los concurrentes. Esos discursos y las circulares y decretos espedidos con este infausto motivo, son en verdad fieles intérpretes del sentimiento nacional; y como en ninguna parte puedan ser mas oportunamente reproducidos que en este escrito, cuyo objeto es dar á conocer al hombre de quien ellos se ocuparon, insertaré íntegros los mas notables, añadiéndole así un digno y muy honroso complemento.

En obsequio de la brevedad y para no hacer pesado este relato, he omitido referir algunos otros combates de menor importancia en que se encontró el general Zaragoza, así como algunos rasgos de su vida pública, que tambien recomendaban su carácter inflexible para reprimir el crímen y su humanidad para con el desvalido y para con el soldado, á quien jamas vió padecer con indiferencia. Pero sí añadiré, que mereció tambien por su amor á las instituciones, su recto juicio y su inmaculada reputacion, el voto de uno de los distritos electorales del Estado de México para que lo representara en el Congreso general, cuyas funciones concluyeron el 16 del presente mes.

De Zaragoza solo nos queda su memoria, y esa memoria es necesario perpetuarla. Sus restos, aunque inanimados, recuerdan hechos que servirán de estímulo á sus fieles compañeros, á todos los buenos patriotas...... Su nombre, nombre sin mancha, nombre imperecedero, dará fuerza en los combates al brazo del soldado del pueblo que tanto le amó, y nunca olvidará que lo condujo el 5 de Mayo para dar una severa leccion á los valientes que mil veces habian sido vencedores en Europa..... ¡Que como él tengan fé, que como él llenen su mision aquellos á quienes la patria encomiende la defensa de sus derechos y el buen lustre de sus armas!

México, Setiembre 30 de 1862.

Manuel Z. Gómez.

Ministerio de Relaciones Esteriores y Gobernacion.

"El general Zaragoza ha muerto el dia de hoy en Puebla, á las diez y cuarto de la mañana. El gobierno se asocia al duelo nacional por esta calamitosa y prematura muerte. La patria ha perdido por desgracia, á uno de sus mas esclarecidos ciudadanos, á un hombre verdaderamente grande, puesto que sus eminentes servicios no alteraron la sencillez de su alma, ni le inspiraron jactancia ni orgullo; á un guerrero colmado de virtudes republicanas, á un vengador del nombre mexicano, á un caudillo de bien ganada fama en el país y en el estranjero, un campeon objeto de tan ardientes loores, y depositario de tan nobles esperanzas.

La patria debe grandes honores á la memoria póstuma del malogrado héroe del 5 de Mayo: y el gobierno acaba de mandárselas hacer por el decreto anexo á esta circular. Vd., ciudadano gobernador, con solo escuchar las inspiraciones de su patriotismo, sabrá encontrar los medios adecuados para cumplir este triste deber.

Debo recomendar á vd. que haciendo oir su voz, procure que la justa afliccion de los ciudadanos por esta pérdida funesta, no degenere en abatimiento de ánimo. La muerte de un grande hombre no debe infundir el desfallecimiento en el pecho de los republicanos, y menos cuando el enemigo estranjero está profanando el suelo sagrado de la patria; ellos deben sentir por el contrario un deseo ardiente de imitar los altos hechos del buen ciudadano que pagó á la naturaleza el último tributo. Los hombres mueren; pero un pueblo es inmortal si le sostienen incesantemente las virtudes de sus hijos.

Sírvase vd. aceptar las seguridades de mi distinguida consideracion.

Libertad y Reforma. México, Setiembre 8 de 1862.—*Fuente.*—C. Gobernador del Estado de......"

Ministerio de Relaciones Esteriores y Gobernacion.

"El C. Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

"*El C. Benito Juarez, Presidente constitucional de los Estados-Unidos Mexicanos, á sus habitantes, sabed:*

Que en uso de las amplias facultades de que me hallo investido, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Art. 1.° Se celebrarán honras fúnebres en todos los lugares de la República, en memoria del malogrado jóven, benemérito general en gefe del ejército de Oriente, C. Ignacio Zaragoza.

Art. 2.° Los gobernadores y comandantes militares fijarán en sus Estados respectivos los dias en que deben tener lugar estos honores, cuidando de que se tributen al finado los que le corresponden con arreglo á ordenanza, como capitan general de ejército con mando efectivo en él y muerto en campaña.

Art. 3.° Todos los funcionarios y empleados públicos portarán luto por nueve dias, contados en la capital desde el dia en que sea trasladado á ella el cadáver del ilustre general, y en los Estados desde el en que se le hagan los honores fúnebres inclusive.

Art. 4.° En todos los edificios públicos se izará el Pabellon Nacional á media asta por tres dias, y se dispararán durante ellos en las ciudades donde se pudiere, un cañonazo cada cuarto de hora, de la alba hasta la puesta del sol.

Art. 5.° Los restos del general Zaragoza serán trasladados á esta capital, en donde se verificarán sus funerales el sábado 13 del corriente á las diez de la mañana, debiendo concurrir á este acto todas las autoridades, corporaciones, funcionarios y empleados al palacio nacional, para acompañar al ciudadano Presidente hasta el panteon de San Fernando. Allí, antes de la inhumacion del cadáver, se pronunciará una oracion encomiástica, cuyo argumento será la sencillez de la vida, las sólidas virtudes y los eminentes servicios del jóven general.

Art. 6.° El gobernador del Distrito, el ayuntamiento de la ciudad y el gobernador de palacio, dictarán las providencias convenientes para que los funerales tengan toda la solemnidad posible.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el mas exacto cumplimiento. Dado en el palacio del gobierno general en México, á 8 de Setiembre de 1862.—*Benito Juarez.*—Al C. Lic. Juan Antonio de la Fuente, ministro de relaciones esteriores y gobernacion."

Y lo comunico á vd. para su inteligencia y fines consiguientes.

Dios, libertad y reforma. México, Setiembre 8 de 1862.—*Fuente.*—C. gobernador de.........

Ministerio de Guerra y Marina.

SECCION 1ª

Al cumplir con el penoso deber de anunciar á vd. por órden del ciudadano Presidente, que hoy á las diez y cuarto de la mañana ha fallecido en Puebla, víctima de una fiebre maligna, el modesto general en gefe del benemérito ejército de Oriente, C. Ignacio Zaragoza, tengo el honor de acompañarle varios ejemplares del decreto que el mismo ciudadano Presidente se ha servido espedir, para que en toda la República se celebren honores fúnebres en memoria de tan distinguido general; escitándolo á la vez para que vd. por su parte, dicte las providencias conducentes, á fin de que al tributarse aquellos honores, se proceda de una manera que dignamente esprese un recuerdo nacional de respeto y admiracion al heróico ciudadano que en su glorioso triunfo de 5 de Mayo, nos dejó trazada la senda que debemos seguir para hacer grande y feliz á nuestra patria; y en su corta vida pública, ejemplos de abnegacion, de valor, desinterés, moralidad y otras mil virtudes cívicas y militares dificiles de imitar.

Libertad y reforma. México, Setiembre 8 de 1862.—*Blanco.*—Ciudadano.........”

Ministerio de Relaciones Esteriores y Gobernacion

El C. Presidente de la República se ha servido dirigirme el decreto que sigue:

“*El C. Benito Juarez, Presidente constitucional de los Estados-Unidos Mexicanos, á sus habitantes, sabed:*

Que en uso de las facultades de que me hallo investido, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Art. 1.° Se declara BENEMERITO DE LA PATRIA EN GRADO HEROICO al C. general Ignacio Zaragoza.

Art. 2.° Su nombre se inscribirá con letras de oro en el salon de sesiones del Congreso de la Union.

Art. 3.° Se declara que mereció el ascenso al empleo de general de division, y se le considerará con tal carácter desde el dia 5 de Mayo del corriente año, por los eminentes servicios que prestó á la nacion en la guerra actual contra el invasor estranjero, y principalmente por el triunfo obtenido contra él en el dia mencionado.

Art. 4.° Como muestra de reconocimiento nacional, se dota á la hija de este ilustre ciudadano con la cantidad de cien mil pesos, que se le entregarán en bienes nacionalizados; y mientras esto no se efectúe, se le asigna una pension anual de seis mil pesos, cuyo pago se verificará en la ciudad de México en la misma proporcion que los concernientes á la guarnicion de la plaza, en cuyo presupuesto quedará comprendido.

Art. 5.° En los mismos términos se satisfará á la señora madre del general una pension vitalicia de tres mil pesos anuales, y á las señoras sus hermanas pensiones de la misma clase, que unidas sumen tres mil pesos anuales.

Art. 6.° Desde la publicacion de este decreto la ciudad de Puebla llevará el nombre de “Puebla de Zaragoza.”

Art. 7.° El ayuntamiento de la capital dictará las providencias que sean de su resorte para que las calles de la “Acequia,” donde vivió el general, y la recientemente abierta en el ex-convento de la Profesa, se llamen en lo sucesivo de “Zaragoza” la primera, y “del cinco de Mayo” la segunda.

Por tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento. Dado en el Palacio del Gobierno Nacional en México, á once de Setiembre de mil ochocientos sesenta y dos.—*Benito Juarez.*—Al C. Juan Antonio de la Fuente, ministro de relaciones esteriores y gobernacion.”

Y lo comunico á vd. para su inteligencia y fines consiguientes.

Libertad y reforma. México, Setiembre 11 de 1862.—*Fuente.*

DISCURSO PRONUNCIADO

EN LOS FUNERALES

DEL GENERAL ZARAGOZA

Por el C. Lic. José María Iglesias

CONCIUDADANOS:

Resultado natural es de esos terribles sacudimientos de los pueblos que llamamos revoluciones, dar á conocer á los seres privilegiados que los simbolizan. La abnegacion, el génio, el heroismo, ó no se desarrollan, ó no brillan, en épocas de paz, reservándose para los tiempos de agitacion en que llegan á ser indispensables. Así luce enmedio de las tempestades la ciencia del piloto, desconocida é inútil mientras el mar se conserva sereno y bonancible.

Esa ley providencial ha tenido, como todas las de su clase, su cumplimiento en nuestra patria; y sin referirnos á épocas ya lejanas, la vemos realizada en los acontecimientos contemporáneos de la lucha gloriosa de la Reforma. En defensa de los grandes principios representados por esa palabra, han brillado entre nosotros hombres eminentes, honra de México, beneméritos de la humanidad. La audacia de Lerdo, la rigidez de Ocampo, la abnegacion de Degollado, la decision de Gutierrez Zamora, el denuedo de Valle, para no hablar sino de los que han muerto despues de figurar en primera línea, son virtudes dignas de los mayores encomios. La historia las ha hecho ya suyas, y no alcanzará á borrarlas el hálito emponzoñado de la envidia.

Al lado de esos esclarecidos patricios se presentaba dignamente el jóven, el modesto, el valiente, el malogrado general, cuya pérdida irreparable lloramos con lágrimas del corazon. Ayer era nuestra esperanza: hoy es la causa de nuestro dolor. Su prematura muerte convierte el himno de triunfo en fúnebre plegaria......... Detengámonos á contemplar esa figura.

Cuando los reaccionarios desconocieron al general Comonfort, pronun-

ciándose en Santo Domingo, se rompieron las hostilidades; y despertándose en Zaragoza el instinto bélico que debia elevarlo tanto, tomó parte en la contienda con unos cuantos rifleros del Norte, y desde entonces reveló lo que debia esperar de él la justa causa que abrazaba.

El partido reaccionario, dueño de la capital de la República, auxiliado con los cuantiosos recursos del clero, escudado con la triple coraza del hábito, de la aristocracia y del fanatismo, emprendió con la Reforma una lucha suprema, en que salió, en que no podia dejar de salir vencido, porque no hay ya resistencia eficaz contra la idea democrática del progreso, sol de nuestro siglo, nuncio del porvenir, fuente de perfectibilidad, de cuyas aguas brotará la regeneracion del mundo.

En la temible prueba de los combates, no tardó en llamar la atencion el jóven fronterizo, bizarro en la pelea, obediente á sus gefes, suave con el soldado, leal, pundonoroso, sin pretensiones, sin celos. Era el ciudadano Ignacio Zaragoza. Sus relevantes cualidades, no desmentidas despues, pronto lo colocaron en puestos superiores, en los que fueron siendo cada vez mas eminentes sus servicios.

Como no tengo los datos necesarios para escribir su biografía, ni es tampoco ese el objeto de este escrito, no me detendré en narrar los episodios de su vida militar, durante los tres años de guerra con los efímeros gobiernos reaccionarios. Para mi propósito bastará recordar, que en ese largo período no soltó las armas de la mano, y que en ninguna de las acciones en que se encontró, que fueron muchas y reñidas, dejó de ir ganando fama con su irreprensible comportamiento.

Ya en el sitio de Guadalajara, despues de la separacion de Degollado del mando en gefe del ejército liberal, y por la ausencia temporal de Gonzalez Ortega, el voto de sus compañeros lo puso á la cabeza de las tropas. Zaragoza se mostró, como siempre, merecedor de esa distinguida prueba de confianza. Negándose á entrar en pláticas de paz con Márquez, á quien echó en cara su alevosa conducta, lo derrotó completamente.

Las armas liberales avanzaron triunfantes en direccion de la capital. Restablecido el general Ortega de sus enfermedades, volvió á ponerse al frente del ejército; y el modesto Zaragoza, que en cualquiera colocacion estaba contento y no aspiraba sino á servir á su patria, quedó de cuartel-maestre. Con ese carácter asistió á la batalla de Calpulalpan, en cuyo triunfo le correspondió una parte bien gloriosa.

Reinstalado en México el gobierno constitucional, hubo todavía necesidad de ir sofocando las chispas que quedaban del estinguido incendio. Para toda empresa importante se empleó la espada de Zaragoza, campeon de cuya lealtad y de cuyo valor no se podia dudar.

Poco despues fué llamado al ministerio de la guerra, donde sin desmentir su modestia, que era uno de sus rasgos mas característicos, dió pruebas de una notable actividad, de una consagracion esclusiva al cumplimiento de sus deberes administrativos, de un celo infatigable para perseguir á los restos de la faccion vencida. Con estas relevantes prendas

contribuyó eficazmente al memorable triunfo de Pachuca, alcanzado por la division puesta á las órdenes del valiente general Tápia.

Salido del ministerio, quedó en espera de nuevas ocasiones en que prestar á su patria esos servicios, de cuya utilidad habia dado ya tantas pruebas.

La deseada oportunidad no tardó en presentarse. Con la invasion de México por las potencias aliadas, se abrió para Zaragoza la época mas brillante de su vida.

Ansioso de tomar parte en la campaña contra el enemigo estranjero, se incorporó al ejército de Oriente, mandado entonces por el general Uraga. Al salir de esta capital, dejó casi moribunda á su esposa, á la que no debia volver á ver. No lo detuvo ese grave cuidado de familia, del que prescindió con la grandeza de alma que sabe anteponer el deber á los mas dulces afectos del corazon.

Nombrado luego general en gefe de ese ejército, al que habia ido gustoso en posicion menos elevada, ni por un momento se arredró con la presencia de huestes afamadas en el mundo entero. Pronto siempre á sacrificarse, decidido á no transigir con la ignominia, en todas ocasiones se mostró firme, enérgico, digno guardian de la honra de México, que le estaba especialmente encomendada.

Rotos los preliminares de la Soledad por una perfidia mas que púnica, el general mexicano demostró en los campos de batalla, que su entereza anterior habia sido la simple manifestacion del heróico ardimiento en que rebosaba su corazon.

La defensa de las Cumbres de Acultzingo, emprendida con solo el objeto de causar daño al enemigo, sin oponerle una resistencia tenaz, corroboró la idea de que los soldados mexicanos son capaces de luchar con cualesquiera otros, cuando los conducen gefes como Zaragoza y como Arteaga. El principio de las hostilidades anunciaba el triunfo que poco despues debian alcanzar nuestras armas.

Ese triunfo es el grandioso, el solemne, el inolvidable del 5 de Mayo. La memoria de ese dia será eterna entre nosotros, como lo es la del 15 de Setiembre de 1810, la del 27 de Setiembre de 1821, la del 11 de Setiembre de 1829. Años enteros de infortunios y desastres se olvidan y quedan compensados con esos dias, á la vez fugaces y perdurables, en que ha bañado á México la luz refulgente de la dicha, de la gloria, de la inmortalidad.

¿Quién no recuerda la inmensa ansiedad que se apoderó de esta patriótica poblacion, cuando el hilo telegráfico anunció el ataque del cerro de Guadalupe? Pendientes del resultado, nuestra vida se concentró en los mensajes que iban dando á conocer lo que pasaba. Asistiamos desde aquí al combate, atendiamos á sus peripecias, oiamos el estruendo del cañon, lamentábamos nuestras pérdidas, fluctuábamos entre el temor y la esperanza. La noticia de la victoria puso el sello á tantas emociones, con la mas grata, con la mas pura de todas. Los que la sintieron la comprenderán; la palabra es impotente para espresarla.

La importancia del triunfo del 5 de Mayo parece mayor, cada vez que se medita en sus grandes consecuencias. Con él se dió una severa leccion al enemigo, que encontró leones donde pensaba hallar gamos. Con él se salvó la honra nacional que habria quedado lacerada, si nos hubiera impuesto la ley un puñado de invasores. Con él se obtuvo ante el mundo la vindicacion del nombre mexicano, que será en lo sucesivo pronunciado con respeto, como el de un pueblo que sabe luchar y morir en defensa de su independencia.

Tal vez las negras nubes del infortunio cubrirán el horizonte de nuestra patria; pero tras de ellas estará, y acabará por romperlas, para aparecer radiante y deslumbrador, ese sol del 5 de Mayo que alumbró la victoria de los hijos de México sobre los vencedores en cien combates.

El éxito de la batalla fué tanto mas apreciado, cuanto menos se esperaba. No habia en el estranjero quien lo creyera posible: nadie calculaba que el ejército francés fuese detenido en su marcha triunfal á la capital de la República. Entre nosotros mismos, la idea que generalmente predominaba, era la de que seria ineficaz la resistencia; y mas bien que contar con un triunfo poco probable, se limitaba el voto patriótico á sucumbir con gloria. Pocos mexicanos abrigaban esa fé, que obra prodigios en todo, y en ninguno descollaba de una manera tan patente como en el digno general, que ni un momento dudó de la victoria de la buena causa. Habia algo providencial en esa creencia firme, inalterable, que auguraba el desenlace mas halagüeño, y duplicaba el aliento de los bravos soldados que esponian su vida por obtenerlo.

¡Con cuánta complacencia se detiene el ánimo en la contemplacion de aquel fausto suceso, como si quisiera neutralizar con ese bálsamo el profundo dolor de esta fúnebre solemnidad! ¡No veis, no veis ese féretro circundado de una aureola de luz, cual si lo alumbrase el sol del 5 de Mayo? Ahí descansan los restos inanimados del vencedor de Márquez, del vencedor de Lorencez!

Con la retirada de los franceses á la ciudad tomada con alevosía, y que les habia servido de punto de partida, volvió á sus posiciones de Acultzingo ese heróico ejército de Oriente, tan sufrido en las miserias como intrépido en el combate; ese ejército al que tanto debe la patria, del que puede decirse que era digno de su gefe, y en el que generales, oficiales y soldados, recibirán como elogios propios los que se hagan del ilustre caudillo que tuvo la gloria y la honra de mandarlo.

Y lo harán así, porque Zaragoza amaba á sus compañeros de armas, como á sus hermanos, como á sus hijos. Trabajaba sin descanso en mejorar la organizacion de sus fuerzas, para presentarlas al invasor cada vez mas dignas de pelear por la independencia de su patria.

La capital de la República llevaba meses de no ver al esclarecido general, cuando sabe de repente que ha venido por breves horas á tratar de asuntos del servicio. En el acto se improvisan espontáneas demostraciones de cariño, para significar el júbilo con que la ciudad recibe á su huésped. Las campanas rompen su largo silencio para saludarlo; el pue-

blo recorre las calles entre víctores y plácemes, y le busca en su casa y en palacio para felicitarlo: sus amigos le obsequian con una comida de hermanos.

Tal me parece que fué ayer. La franqueza, la espansion, reinaban en el convite: los brindis sucedian á los brindis, todos entusiastas, patrióticos, encomiásticos del héroe de la funcion. Cuando él pronunció el suyo, la emocion apagó su voz; las lágrimas asomaron á los ojos de aquel hombre tan sereno en el peligro. Sus palabras solemnes revelaron de nuevo esa fé en la salvacion de México, que no le abandonó un instante, así como su entrañable amor á la patria á que habia consagrado su existencia. Veia á la nacion entera detras del ejército de Oriente; aquella era, así lo esperamos, la vision profética del porvenir.

Al despedirse de nosotros, nadie se imaginaba que oia su voz por última vez, que por última vez le estrechaba en sus brazos. Nadie creia que pocos dias despues tomaria aquella escena fraternal el triste carácter de una despedida eterna.

Tales son las vicisitudes de la vida: tan profunda así la miseria de las cosas humanas. Lo que juzgamos realidad tangible, es ilusion fugaz; lo que soñamos felicidad es desventura. Y por eso estamos todavía mas obligados á seguir sin desviacion la senda estrecha del deber.

Así la siguió Zaragoza, hasta encontrar la muerte por esa vía. Las continuas fatigas de la campaña minaron su robusta salud. Atacado del tifo, sucumbió en pocos dias.

Luego que circuló la noticia de su enfermedad, la ansiedad pública volvió á tomar ese carácter de agitacion, que anuncia la existencia de un acontecimiento trascendental. Renovóse el vivo empeño con que se esperaban el 5 de Mayo los partes telegráficos. El pueblo comprendia que si entonces se trataba de su salvacion, tratábase ahora de la vida de su salvador.

En la mañana del 8 de Setiembre, dia nefasto para lo venidero, se recibió un mensaje, elocuente en su laconismo, del médico que asistia al enfermo. Decia así: "Son las diez y diez minutos: acaba de morir el general Zaragoza."

La triste nueva, esparcida lentamente, recibió para el público plena confirmacion en los tres alarmantes cañonazos disparados al entrar la noche. Al escuchar aquel ruido desusado, la gente se precipita á las calles para averiguar qué lo motiva. Los amigos, los conocidos se encuentran, y omitiendo el saludo de costumbre, unos á otros se repiten las últimas palabras del parte telegráfico: "ha muerto el general Zaragoza."

Ha muerto, sí, uno de los caudillos de la Reforma, el vencedor de los franceses, el general en quien cifraba hoy la patria sus mas caras esperanzas. Ha muerto lleno de fé en la victoria, consagrado esclusivamente á sus deberes, como lo reveló el sublime delirio de su agonía, de esa hora suprema en que se descubren sin disfraz los mas recónditos sentimientos del alma. Ha muerto cuando la planta del estranjero profana el suelo mexicano, cuando surcan el mar los refuerzos que esperan los

invasores para abrir una campaña sangrienta. Ha muerto en el lecho del hombre pacífico, devorado por una fiebre maligna, en vez de sucumbir, cual correspondia á un guerrero de su talla, al frente del enemigo, á la cabeza de una columna, derribado por una bala francesa al tremolar heróico la bandera nacional.

Pero no, yo me engaño: la diferencia es nominal. El general que fallece de resultas del cumplimiento de sus deberes militares, perece en el campo de batalla: su muerte es igualmente gloriosa. La de Zaragoza ha sido la del buen ciudadano, la del esclarecido patriota, la del gefe pundonoroso. Muerte envidiable, noble remate de su noble vida.

Llora, México, llora sin consuelo por la pérdida de uno de tus mas distinguidos hijos; pero que tu llanto no sea estéril, sino antes bien fecundo para producir dignos imitadores del héroe. Seguid, mexicanos, siquiera sea de lejos, sus huellas luminosas, para salir de la terrible crísis en que nos encontramos, con la frente limpia, con la conciencia tranquila. Tomad por modelo al jóven que á los 33 años ha sabido dejar una memoria imperecedera, y por mas que el tirano de la Francia aglomere sobre nosotros sus aguerridos batallones, no será dudoso el éxito de la contienda. Vencerémos en ella; y el dia que puedan agregarse nuestros laureles á los siempre frescos de esa tumba que va á cerrarse á nuestra vista; el dia en que se firme una paz honrosa, salvándose la dignidad nacional, pues debemos antes perecer que admitirla de otra manera, habremos levantado, creedme, el monumento mas honorífico á Zaragoza, el mas adecuado á la alta nobleza de sus sentimientos.

Por ahora, despidámonos del héroe: ciñamos sus sienes con las coronas de flores entretegidas por nuestro agradecimiento: sacrifiquemos sobre su ataúd, convertido hoy en altar de la patria, nuestras rencillas, nuestras divisiones, nuestros odios, cuanto haya de impuro en el corazon de cada uno, para prepararnos debidamente á la obra mas santa de los pueblos: la de la conservacion de su soberanía.

Y tú, insigne mexicano, que nos has enseñado el camino que á todos nos cumple seguir, gózate en los ópimos frutos que has dejado de tu corta mansion sobre la tierra. Quieres consuelos? Para tu hija querida, la herencia envidiable de tu nombre. Para tu patria adorada, esa misma herencia, tu heróico ejemplo, los prósperos resultados de tus hazañas. Para tu memoria en el mundo, el lauro inmarcesible de la gloria. Para tu alma inmortal, el premio con que Dios galardona la virtud.

POESIA LEIDA EN EL PANTEON DE S. FERNANDO

Por el C. Guillermo Prieto

EN LAS HONRAS DEL GENERAL ZARAGOZA

EN LA MUERTE

DEL HÉROE DEL 5 DE MAYO

¡Cadáver imponente! espectro augusto!
¡Ser de la nada! ¡nada de la vida!
¿Qué pretendes de mí? ¿Tu labio abierto
Se ha reservado su postrer gemido
Para lanzarlo aquí, sublime muerto?
¿Eres una expiacion? ¿En su venganza
Quiso implacable el bárbaro destino
Hundir en el ocaso de la tumba
El sol consolador de la esperanza?
Sér de vindicacion, no, tú no mueres,
¿Cómo morir tan bueno y tan amado?
¿Cómo morir, cuando era la victoria?
¿Cómo morir el fuerte, el inspirado?
¿Cómo muere la fé? ¿Cómo la gloria?
Y tú allí estás, cadáver implacable,
Y tú allí estás, mentís de la existencia,
Sol sin su luz, encina sin su sávia,
Rambla de arena de agotado rio,
Muerte.... muerte.... Dios mio.
¿A dónde está el guerrero venturoso,
Relámpago al moverse, al herir rayo,
Que enarboló nuestro pendon hermoso,
Resplandeciente con el sol de Mayo?
Dónde el escollo está, que en la tormenta
Destronó con empuje diamantino
Las olas que inundaron á Magenta
Y que tiñó con sangre Solferino?

¿Por qué inmóbil estás, noble soldado,
Que al clamor de metal de tus cañones,
Presentaste del orbe á las naciones
El nombre de tu patria vindicado?
A tí el incienso del amor del pueblo:
A tí los rayos de su nueva aurora:
A tí los ecos de sus cantos puros:
A tí el alma de su alma que te adora.
Esfuerzo de leon, alma de niño,
Despues de la campaña turbulenta
Se inclinaba al herido con cariño,
Olvidando al verdugo de los suyos
Por honrar al valiente de Magenta.
Esfuerzo de leon, alma sublime,
Desprecia del contrario los ultrajes,
Y le repite al que entre hierros gime,
Libre eres como el aire, ¡oh prisionero!
Así es como se vengan los salvajes.
Cómo perderte así? Luego modesto
Detras de tus legiones te escondias,
Como sereno sol tras los celajes
Recoje sus divinos resplandores,
Y los viste de mágicos colores
Dejando solo adivinar su frente,
O como ola potente
Que despues de su curso turbulento,
Se aduerme en un remanso trasparente
Y allí humilde retrata el firmamento.
Cadáver inflexible, ojo sin vida,
¿Qué pretendes de mí? ¿no ves que mi alma
Tiembla entre mis entrañas de quebranto?
¿No esta mi voz, que incrédulo divago,
La sientes empapada con mi llanto?
¿Quién razona el dolor? ¿Quién es quien pueda
Decir al corazon, oye, medita,
Cuando está desbordándose en gemidos
El intenso dolor que al pecho agita?
Patria, patria de lágrimas, mi patria,
Basta ya, basta ya; mira tu cáliz
Con sangre de tus héroes rebosando;
Madre infeliz, las tumbas de tus hijos,
Como de carne humana, están sangrando.
Alza esa frente á tu dolor rendida;
Retira de tus ojos el cabello,
Y grande en tu dolor, águila herida,
Que te halle el infortunio erguido el cuello.

Grande es tu corazon, linda tu frente;
Esfuerza tu valor, renueva el brío,
Que aun tienen sangre que verter las venas,
Que aun flotan tus banderas en Oriente,
Que aun ha de hallar el invasor impío
Quien á los tigres de Africa escarmiente.
¿Ese cadáver ves? Fué que Dios quiso
Consagrar con la muerte tanta gloria,
Y que ese nombre fuera para el pueblo
Un canto de victoria!!!
¿Ese cadáver ves? un laurel era
En medio del terror de la matanza;
Pues Dios le trajo así, para que fuera
En los cielos un astro de esperanza.
¿Ese cadáver ves? ¿era un caudillo?
Pues Dios le trasformó: le dió su brillo:
Y al envolvernos el presente oscuro,
Esa tumba hablará, dirá á los pueblos,
México, vencerás: fé en el futuro!

Y tú allí estás, cadáver impasible,
Tenaz despojo que mi vista espanta.
¿Miente la realidad? ¿pues por qué creo
Que á marchar con sus huestes se levanta?
¡Horrible delirar! barca atrevida
Que burló los escollos altanera,
Y que á un revés del inconstante viento
Inútil flota en las inquietas olas. . . .
Horrible delirar! Ayer le viste
México ufana, atravesar gozoso
Tus calles de palacios, trascendiendo
De heroismo y juventud. Ayer le viste
Ardiente en el festin alzar su copa,
Y al brindar por tu nombre y tu decoro
¡Oh patria! y por tu próspero destino,
Esos ojos sin luz, derramar lloro
Sobre la llama del hirviente vino!!
Ayer le viste tú, madre amorosa,
Hoy bulto de dolor, mujer de llanto,
Inclinando su frente victoriosa
Para besar tu mano con encanto:
Ayer feliz dejabas en su frente
Como una bendicion tu ósculo amante,
Y cual vibra en el aura la armonía,
Como la flor se goza en su perfume,
Al decirte su acento un "madre mia,"

De delicia tu sér se estremecia
Como ora de tormento se consume. . . .
Y tú, su niña, su pimpollo, su ángel,
Paloma que en su niño de laureles
Vino el destino á herir......ave que en vano
Huérfana busca su tronchada rama;
Colibrí que revuela sin consuelo
Junto á la flor marchita: Dios proteja
Con la sombra de su ala tu inocencia.
Flor del alma de un héroe, el pueblo ampare
Con culto agradecido tu existencia.
Y el cadáver allí......¿Por qué no inclinas
Tu faz al pueblo, herido por su queja?
Hombre pueblo eras tú, cuando aspirabas
En tu horizonte inmenso su grandeza;
Tú eras su corazon, tú palpitabas,
Con la invencible fé de su entereza!
Hombre pueblo eras tú; si en el combate
Rasgando el viento horrenda la metralla
De mortífero bronce la muralla
A tu ímpetu de rayo se oponia,
A tu voz entre gritos de contento,
El pueblo la muralla derretia.
Idolo de nosotros la canalla,
La fé brilló sobre tu excelsa frente,
Desde que osado el criminal pirata
Profanó con sus plantas nuestro Oriente.
Fé, mirada del alma, excelsa altura
Que abarca el porvenir: llama encendida
Como faro en los mares de la vida,
Fé, brazo omnipotente, que doblega
La misma furia del falaz destino,
Fé, soplo del Señor......fé, rumbo cierto
Que lleva al marinero combatido
Al seno amigo del seguro puerto......
Fé, mira tu hijo allí......cuando el presagio
De muerte y destruccion nos presentaba
La derrota en combates imposibles,
Tu esfuerzo al hombre pueblo trasformaba
En vencedor sublime de invencibles. . . .
Y dijo Dios: morid; que la tiniebla
Envuelva para siempre esa existencia,
Y que no haya mortal que decir pueda:
Yo hundí en la fosa al defensor de Puebla.
Héroe de Mayo, adios: esos valientes
Que te llamaron generoso amigo,

Que el pan de la miseria y la desdicha
Partieron ¡ay! contigo,
Por vez primera derramaron llanto!!
Esas banderas, del guerrero gala,
Que en cauda de íris desplegó el ambiente,
Que símbolo de amor nos legó Iguala,
Que en luz de gloria acariciaba el cielo,
Se inclinaron dolientes como sauces
Y se cubrieron con crespon de duelo.
Esos monstruos de bronce, que la muerte
Llevaron implacable en sus entrañas,
Despertaron el eco en las montañas,
Que temblaron oyendo sus gemidos.
Idolo del soldado, su confianza,
Su gefe, su querer, su alma, su pompa,
Tu nombre oirás al resonar la trompa
Como himno de victoria y de esperanza!
Y el cadáver allí.... prorumpe, clama
Con voz de tempestad y de torrente,
Que se propague en la ala de la llama
Que abrace de Colon el continente:
"Pueblos, en pié, á la lid, pueblos hermanos,
Los lauros de los libres se marchitan
Si no los riegan sangre de tiranos.
Pueblos, en pié, y en fraternal abrazo
Odio jurad al invasor impío;
Y ódio mire la Cumbre del Quendío
Y ódio alumbre terrible el Chimborazo.
Pueblo, hoguera de espíritus mas grande
En que Dios hace palpitar la vida,
Pueblo, huracán terrible, y manso lago,
Relámpago de rayo y luz de aurora,
Gigante de poder que Dios renueva
Con cada nueva luz.... Tu imperio sea,
Aniquile la llama de tu enojo
Esa horda de jaguares de Crimea!
Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere
Amor de hermanos, ódio á los traidores;
Yo os enseñé á vencer.... cómo se muere,
Enseñad á los viles invasores.
Los lábios de mi tumba gritan guerra,
Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra al perverso inquietador del mundo,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el dia."

ORACION FUNEBRE

POR LA MEMORIA

De los Mártires de la Independencia y de la Libertad

PRONUNCIADO EN LA ALAMEDA DE MÉXICO EL 17 DE SETIEMBRE DE 1862 POR EL LIC. FRANCISCO ZARCO.

Agobiado todavía el espíritu con las palpitantes é imperecederas memorias del grito de Dolores, ensanchado el corazon de dulces esperanzas con el recuerdo vivificante de la conquista de nuestra independencia, venimos hoy, conciudadanos, á tributar un homenaje sincero de agradecimiento y de veneracion profunda á los mártires de nuestra emancipacion y de nuestra libertad. En el febril entusiasmo que inspira el aniversario de ayer, en el estremecimiento de júbilo y de felicidad que nos conmueve, al contemplar que México es señora de su destino, en la espansion deliciosa de aspirar el aire de la libertad, hay algo blanda y tiernamente melancólico, hay un fondo de tristeza indefinible, porque al gozar de nuestra dicha, involuntariamente se dibuja en la mente la imágen de nuestros mártires, y se siente cuánto sacrificio, cuánto martirio, cuánta congoja y cuánto sufrimiento fueron necesarios para consumar la obra iniciada por el inmortal Hidalgo.

Oscura y trabajosa es la marcha de la humanidad en este mundo; no puede dar un solo paso en la senda del progreso y del bien, sin dejar un reguero de sangre, una huella de lágrimas, como si con esta ley fatal, Dios hubiera querido engendrar en los pueblos un amor mas acendrado á sus conquistas, puesto que nada se ama tanto como aquello cuya adquisicion cuesta mas cruentos sacrificios. La verdad, la justicia, el derecho, la ciencia, la libertad, tienen un martirologio inmenso desde las primeras edades del mundo. Sócrates apurando la cicuta, Cristo espirando en medio de la befa y el escarnio en la cumbre del Gólgota, Galileo espirando en la Inquisicion la gloria de haber sentido rodar la tierra bajo sus plantas y descubierto la inmovilidad del sol en el centro del universo, encabezan el gran catálogo de los mártires de la verdad, de la verdad que sencilla, indudable, evidente como es, necesita de esforzados defensores, una vez que la esclavitud, el despotismo, la superstición y las preocupaciones, que son el peor de los yugos porque encadenan las almas, se fundan siempre en un error, en una mentira, ó en una impostura.

Que el pan de la miseria y la desdicha
Partieron ¡ay! contigo,
Por vez primera derramaron llanto!!
Esas banderas, del guerrero gala,
Que en cauda de íris desplegó el ambiente,
Que símbolo de amor nos legó Iguala,
Que en luz de gloria acariciaba el cielo,
Se inclinaron dolientes como sauces
Y se cubrieron con crespon de duelo.
Esos monstruos de bronce, que la muerte
Llevaron implacable en sus entrañas,
Despertaron el eco en las montañas,
Que temblaron oyendo sus gemidos.
Idolo del soldado, su confianza,
Su gefe, su querer, su alma, su pompa,
Tu nombre oirás al resonar la trompa
Como himno de victoria y de esperanza!
Y el cadáver allí.... prorumpe, clama
Con voz de tempestad y de torrente,
Que se propague en la ala de la llama
Que abrace de Colon el continente:
"Pueblos, en pié, á la lid, pueblos hermanos,
Los lauros de los libres se marchitan
Si no los riegan sangre de tiranos.
Pueblos, en pié, y en fraternal abrazo
Odio jurad al invasor impío;
Y ódio mire la Cumbre del Quendío
Y ódio alumbre terrible el Chimborazo.
Pueblo, hoguera de espíritus mas grande
En que Dios hace palpitar la vida,
Pueblo, huracán terrible, y manso lago,
Relámpago de rayo y luz de aurora,
Gigante de poder que Dios renueva
Con cada nueva luz.... Tu imperio sea,
Aniquile la llama de tu enojo
Esa horda de jaguares de Crimea!
Lucha, lucha sin fin, mi sombra quiere
Amor de hermanos, ódio á los traidores;
Yo os enseñé á vencer.... cómo se muere,
Enseñad á los viles invasores.
Los lábios de mi tumba gritan guerra,
Guerra por la justicia y el derecho,
Guerra al perverso inquietador del mundo,
Guerra á la corrompida monarquía,
Guerra, y entre los brazos de mi patria
La libertad del orbe alumbre el dia."

ORACION FUNEBRE

POR LA MEMORIA

De los Mártires de la Independencia y de la Libertad

PRONUNCIADO EN LA ALAMEDA DE MÉXICO EL 17 DE SETIEMBRE DE 1862 POR EL LIC. FRANCISCO ZARCO.

Agobiado todavía el espíritu con las palpitantes é imperecederas memorias del grito de Dolores, ensanchado el corazon de dulces esperanzas con el recuerdo vivificante de la conquista de nuestra independencia, venimos hoy, conciudadanos, á tributar un homenaje sincero de agradecimiento y de veneracion profunda á los mártires de nuestra emancipacion y de nuestra libertad. En el febril entusiasmo que inspira el aniversario de ayer, en el estremecimiento de júbilo y de felicidad que nos conmueve, al contemplar que México es señora de su destino, en la espansion deliciosa de aspirar el aire de la libertad, hay algo blanda y tiernamente melancólico, hay un fondo de tristeza indefinible, porque al gozar de nuestra dicha, involuntariamente se dibuja en la mente la imágen de nuestros mártires, y se siente cuánto sacrificio, cuánto martirio, cuánta congoja y cuánto sufrimiento fueron necesarios para consumar la obra iniciada por el inmortal Hidalgo.

Oscura y trabajosa es la marcha de la humanidad en este mundo; no puede dar un solo paso en la senda del progreso y del bien, sin dejar un reguero de sangre, una huella de lágrimas, como si con esta ley fatal, Dios hubiera querido engendrar en los pueblos un amor mas acendrado á sus conquistas, puesto que nada se ama tanto como aquello cuya adquisicion cuesta mas cruentos sacrificios. La verdad, la justicia, el derecho, la ciencia, la libertad, tienen un martirologio inmenso desde las primeras edades del mundo. Sócrates apurando la cicuta, Cristo espirando en medio de la befa y el escarnio en la cumbre del Gólgota, Galileo espiando en la Inquisicion la gloria de haber sentido rodar la tierra bajo sus plantas y descubierto la inmovilidad del sol en el centro del universo, encabezan el gran catálogo de los mártires de la verdad, de la verdad que sencilla, indudable, evidente como es, necesita de esforzados defensores, una vez que la esclavitud, el despotismo, la superstición y las preocupaciones, que son el peor de los yugos porque encadenan las almas, se fundan siempre en un error, en una mentira, ó en una impostura.

No hay, pues, verdad que no haya tenido que sostener una larga lucha, y no hay progreso ni mejora que no cuente sus mártires.

¿Cómo la obra grandiosa de llamar á la vida el cadáver de la colonia de la Nueva-España, habia de consumarse sin largos, sin dolorosos sacrificios? ¿Cómo quebrantar el yugo impuesto á estas regiones por el brazo potente de Cortés y por el fanatismo de Zumárraga, el yugo arraigado por el hábito, encandecido por el Santo Oficio? ¿Cómo habia de romperse sin un espantoso cataclismo? La prevision de lo costoso que seria cualquier esfuerzo por la emancipacion, era lo que daba tranquilidad al poder castellano, y le hacia creer que no se le escaparia su presa. Pero esta misma prevision, el presentimiento del martirio, fué lo que alentó al venerable anciano de Dolores, á acometer una empresa con la conciencia segura de que no la veria concluida, con la certidumbre de que para él no habia mas porvenir que la infamia, la excomunion y el cadalso; pero con la esperanza de que su sangre no seria estéril, sino fecunda, hasta producir un semillero de valientes, una sucesion interminable de héroes que aseguraran la independencia de México. El cura de Dolores no se equivocó en su prevision, y esto es lo que lo hace ilustre y grande sobre todas las ilustraciones y las grandezas de la tierra. Su voz robusta conmovió á este pueblo que vivia aletargado, inerte entre cadenas, y que la España juzgaba muerto desde que la codicia de sus soldados hizo perecer entre las llamas al desdichado Guautimoc. Creia que en aquella hoguera se habia estinguido toda una raza; creia que los pueblos no despiertan del sueño de la esclavitud, y creia tan seguro su dominio, que habia tenido la condescendencia de tolerar que un papa declarara hombres á los descendientes de Moctezuma y de Nezahualcoyotl, á los hijos de una raza noble y generosa, cuya admirable civilizacion no comprendieron los bárbaros soldados de Cortés, ni los ignorantes frailes que á esplotarla vinieron de la Península. ¡Oh burla á la razon! El mundo necesitó una bula de Roma para admitir en la humanidad, para creer que eran hombres los que habian constituido grandes imperios y poderosas repúblicas, los que sabian dotar á los pueblos de instituciones, calcular el movimiento del sol y predecir los eclipses, esculpiendo en piedra sus conocimientos astronómicos, los que levantaron los monumentos de Yucatán, de Teotihuacán y de Mitla!

Pero la España se engañaba, y tres centurias de esclavitud no pudieron hacer eterna la degradacion de este continente. Hidalgo consumó este portento; él realizó en Dolores el milagro de la resurreccion de Lázaro; él fué quien dijo al pueblo cadáver: "Levántate, destroza tu lecho de dolor, y anda, anda á conquistar tu libertad." Con el presentimiento, con la doble vista de este prodigio, ¿podia vacilar Hidalgo en volar al sacrificio? No, su génio comprendió toda la gloria que le esperaba, y algo que para las almas bien formadas vale mas que la misma gloria, todo el bien que de su sangre iba á brotar sobre estas regiones tan bellas como infortunadas.—Así, pues, al desafiar la dominacion secular de la España, al esponerse á los fulmíneos rayos del Santo Oficio, no lo preocupaba la idea de la victoria, sino la de hacer comenzar la contienda; habia vivido ya demasiado para tener apego á su cansada existencia, ó para abrigar la ilusion de que habia de ver terminada su obra. Por eso entre sus colaboradores buscó gallardos mancebos, llenos de juventud y de esperanza, conociendo que su empresa necesitaba de esforzados continuadores. Su aceptacion del sacrificio, no fué la obra de un instante, no fué el movimiento irreflexivo del hombre amenazado por un súbito peligro, no nació en su ánimo al saber que sus planes estaban descubiertos por el gobierno vireinal; no, y esto es lo que hace mas sublime su sacrificio; su resolucion fué fria, calculada, invariable, y dos años antes del grito de Dolores, en sus continuas y agitadas cavilaciones, en sus primeras y misteriosas tentativas, en sus correspondencias con los pocos que entonces comprendian sus miras, no veia mas porvenir que el martirio. El 16 de Setiembre con la faz radiante de esperanza, con la mirada rejuvenecida por el entusiasmo, emprendió á sabiendas la senda del cadalso...... Su sacrificio no es un suicidio estéril, no es un acto de desaliento como el de Caton, tiene por el contrario la belleza, la grandiosidad de la muerte de los primeros mártires del cristianismo, porque lo impulsan, no el tedio de la vida, ni la desesperacion, sino la esperanza del bien, y la fé en el triunfo de la libertad.

¡Hidalgo! ¡Hidalgo! con razon este país te considera como padre de su independencia, como fundador de su libertad, y se envanece con tu gloria......... Tu fé, tu esperanza, tu aceptacion del sacrificio, son títulos bastantes á nuestro reconocimiento, sin contar con el ejemplo que diste de sublime abnegacion, con tus pasos avanzados en la senda del bien, decretando la emancipacion de los esclavos, con la luz que derramaste en los espíritus alzándote contra las excomuniones de los obispos, contra los edictos de la Inquisicion, contra los absurdos del fanatismo, y haciendo comprender desde entonces al pueblo, que es sacrílego unir la causa de la religion á la del despotismo, y convertir á Dios en aliado de los opresores de la humanidad.

Pero no bastaba el sacrificio de Hidalgo para redimir á su pueblo de la esclavitud de trescientos años. Escarnecido, befado, muere en el patíbulo, apurando la amargura del ultraje, y con él se hunden en la tumba los primeros héroes de 1810.

La chispa del 16 de Setiembre es ya un incendio que se estiende por todo el país; el motin de Dolores es ya un sacudimiento que estremece en sus cimientos á esta sociedad; el grito de Hidalgo, de Allende, de Aldama y de Abasolo, ha encontrado eco en todos los corazones, y resuena con pavoroso estruendo en las llanuras y en las montañas, en las cabañas y en los palacios, en los campos y en los templos; es llevado en alas del viento mas allá de los mares, é infunde miedo al rey de España y esperanza á nuestros hermanos de las otras colonias. Todo anuncia que está para nacer gigante y armado un mundo nuevo que, renegando del mezquino espíritu de la tradicion y de la rutina, se levanta erguido, innovando con osadía todas las instituciones, fiando en el por-

venir, creyendo en la perfectibilidad humana, y despertando la desconfianza y los recelos de los opresores de la vieja Europa, que no han de ver con ojos serenos que este continente relega á la region de las quimeras el derecho divino, el poder hereditario, la irresponsabilidad de los mandatarios, la obediencia ciega y todos los principios que durante siglos, sirvieran de fundamento al despotismo.

Pero para realizar esta revolucion, la mas grande en su objeto, la mas benéfica en sus resultados, la mas difícil en su desarrollo, ¡cuántos sacrificios y cuántos martirios son necesarios! ¡Ay! la sangre derramada por los defensores del derecho en la guerra de insurreccion, pudiera enrojecer la cordillera de los Andes, y el osario de las víctimas elevarse hasta las cumbres del Popocatepetl, ó hasta la cima del Chimborazo.

Admira, sobresalta esta guerra sangrienta, este enjambre de héroes que brota la tierra desde el Sabina hasta el estrecho de Magallanes, y cómo abundan y se multiplican en todo el continente los apóstoles de la nueva idea, los mártires de la libertad. Los desastres, las derrotas, los patíbulos, las prisiones, la deportacion, la fingida clemencia, las falaces promesas de mejora, todo, todo es impotente para calmar esta conflagracion del Nuevo-Mundo, hasta que al fin brilla la radiante constelacion de las nacionalidades americanas libres, soberanas, independientes, abriendo anchos, infinitos horizontes al espíritu humano.

Los que sucumbieron en esta tremenda lucha; los que emanciparon á la América regándola con su sangre; los mártires excelsos de la independencia y de la libertad, de la reforma y de la civilizacion, ¿qué reclaman de nosotros, qué tributo digno exigen, sobre todo de la generacion que al nacer aspiró ya, gracias á tantos sacrificios, el aura embalsamada de la libertad, de esa flor que para dar al viento sus perfumes necesita un abundoso riego de sangre? ¿Qué nos quereis, padres queridos de América? ¿qué nos pedís, redentores de México? ¿qué nos exigís, venerandas sombras de Hidalgo y de Allende, de Abasolo y de Aldama, de Morelos y de Mina, de Guerrero y de Terán? ¿Flores y coronas sobre vuestras tumbas, llanto de dolor y de piedad sobre vuestros huesos, sollozos de la patria en su viudez, gemidos del pueblo en su orfandad? ¿Monumentos, mausoleos, obeliscos que inmortalicen vuestras glorias?......... ¡Ah, no! me parece que os veo alzaros indignados del polvo de la tumba, que vuestros ojos recobran el brillo de su mirada en el combate, y vuestros esqueletos el terrible latido del corazon en el dia de la victoria, y que irritados clamais: "No mas flores que se marchitan y se deshojan, "no mas lágrimas, no mas suspiros y sollozos, no monumentos que halagan solo vuestra vanidad y vuestro orgullo. Raza de héroes y de gigantes, hemos degenerado en nuestros descendientes, hasta el grado "de que solo sepan gemir y llorar como niños y mujeres?...... ¡Oh vergüenza! Lo que queremos, lo que exigimos, lo que reclamámos de vosotros, no son lágrimas, sino grandes virtudes; lo que queremos es que "seais dignos de la herencia que os legamos, que la sepais conservar y "defender, y que de año en año, en vez de fúnebres pompas y de aflic-

"cion oficial, nos vengais á decir: ¡Somos libres y felices, y está segura "la independencia!"

Teneis razon, mártires sublimes de mi patria idolatrada. Habeis muerto en el combate ó en el patíbulo con la esperanza de hacer eterna la libertad en esta tierra, y este pueblo, si quiere mostrarse agradecido, no tiene mas homenaje que ofreceros, digno de vuestro renombre y de vuestra gloria, que su virtud, su ventura y el mantenimiento de vuestro magnífico legado; la conservacion perdurable de la independencia.........

Sí, conciudadanos, por los héroes no se llora, se les venera con reconocimiento; por los mártires de la patria no se gime, se les imita; que al fin la muerte los engrandece, y ellos no anhelan otro tributo que la gratitud, y que no sea estéril su sacrificio.

La patria hoy mas que nunca debe deplorar las dolorosas pérdidas que ha sufrido, y si el llanto asoma á sus ojos, no debe dejarse consumir por el desaliento, ni desgarrar sus vestiduras, ni cubrir su noble frente de cenizas, sino buscar anhelante y llena de esperanza entre sus hijos nuevos defensores de la independencia, que sepan aceptar el sacrificio, para defender la obra de Hidalgo y de Iturbide.

¡No mas lágrimas por los héroes! ¡No mas llanto estéril é infecundo! Esperanza, fé en la victoria, y la victoria es nuestra.

Gratitud inmensa, gloria infinita para los mártires, veneracion profunda, tierna, filial á su sacrificio; pero al recordar sus hechos, no llorémos como niños huérfanos ni como mujeres viudas: los héroes nunca mueren, nos dejan su ejemplo, imitémoslo para vivir con ellos, y no sea este recuerdo un duelo nacional, sino un apoteósis en el fondo del corazon de todos los mexicanos. La Iglesia no llora por sus primeros mártires, ve en su martirio su triunfo, y entona himnos y cánticos de júbilo, porque los contempla en el cielo gozando del galardon de su fé. Haga lo mismo la sociedad civil, esta iglesia mas vasta, mas amplia, que no se mezcla con las creencias religiosas; divinice, celebre las glorias de sus mártires, vea con júbilo que hay quienes se sacrifiquen por el derecho y por la libertad, y procure imitar tanto heroismo si quiere realizar la verdad de que los pueblos no perecen jamas.

Pero ¡ay! está tan fresca la última herida, ha sido tan viva, tan honda su desgarradora impresion, que la resignacion es imposible ante la tumba todavía entreabierta que envidiosa ha devorado al intrépido vencedor del 5 de Mayo! Zaragoza! hijo, amigo, padre, defensor, esperanza, tesoro y gloria de este pueblo infortunado! Zaragoza inmortal! Ante tu cadáver, en que la muerte heló la sonrisa, presagio de victoria; ante ese cuerpo helado, que es lo único que nos queda de tí, la reflexion es imposible, el ánimo decae, la esperanza plega sus alas deslumbrantes, un nudo oprime la lengua, se seca el corazon y los ojos se arrasan de lágrimas.... Zaragoza, es preciso llorar cuando nos faltan la fé de tu alma de niño, el ejemplo de tu virtud preclara, el acento de tu voz tranquila y mesurada, el brillo de tu espada, de ese rayo del pueblo que deslumbró en los cerros de Guadalupe y de Loreto á los ojos de Bonaparte, á

los invencibles vencedores de Solferino y de Magenta, y que tú venciste, Zaragoza, enalteciendo, vindicando á tu patria é indicándole la senda de su salvacion...... Tú debias ser nuestra guía como la nube de fuego lo fué del pueblo de Israel; tú, que eras nuestra gloria y nuestra esperanza...... Muerto! ¡Muerto en la flor de su edad, en la aurora brillante de su fama! ¡Horrible, dura prueba para México! Zaragoza espira cuando su patria se alza serena y magestuosa, cuando gracias á su esfuerzo y á su ejemplo, recoje altiva el guante de reto que le lanza la gran nacion, ante la que los otros países tiemblan y se humillan, cuidando solo de disimular su humillacion..... Zaragoza muere, como Moisés, sin llegar á la tierra prometida que divisa en lontananza.....

Perdon, perdon por tanto desaliento indigno de tí y de tu pueblo. Tú mismo has de querer que tenga tregua nuestra angustia, y mitigue nuestra congoja la esperanza. Sí, la esperanza es el digno homenaje de tu gloria. Tu espíritu generoso y altivo debe haberse complacido al escuchar junto á tu fosa, pronunciadas por uno de tus hermanos digno de tí, el que quebrantó los rayos todos que la conciencia oprimian, estas nobles y magníficas palabras: "Los hombres mueren, pero un pueblo es "inmortal si le sostienen incesantemente las virtudes de sus hijos."(*) Estas palabras son la espresion de la esperanza que tú aconsejarias, á pesar de los mayores desastres, al sereno piloto que sin mas brújula que el derecho y la justicia, sin mas estrella que su incontrastable constancia, llevó á buen puerto, luchando con la mas deshecha tormenta, la nave de nuestros libertades públicas. Tú aconsejarias tambien la esperanza á ese bravo ejército de Oriente, á quien enseñaste á vencer, á esos ciudadanos armados, gala y prez de la República, sufridos, valientes, patriotas, á quienes amamos como si fueran tus hijos.

Las grandes virtudes salvan á un pueblo: ¿y qué estímulo mas poderoso á la virtud que el ejemplo de tu vida, insigne Zaragoza?

Esperanza! fé y consuelo de los pueblos oprimidos, estímulo del génio y del valor, vuelve, vuelve á henchir los pechos de los mexicanos que necesitan creer en la victoria para alcanzarla, consolidar la obra de Hidalgo y conservar incólume la autonomía de su patria, amenazada hoy por el opresor de la Francia, que para hacerla sufrir su despotismo y engañar á la Europa, tiene que recurrir á lejanas espediciones, á injustas empresas, á bárbaras conquistas, aunque con ellas manche la honra francesa, y derrame la sangre de su pueblo, como los antiguos Césares para distraer á los hombres que oprimian, les ofrecian el sangriento espectáculo de las luchas del circo entre fieras y gladiadores.—¡Ah! Cuando el emperador y sus cortesanos claman que el honor de la Francia está comprometido en esta espedicion de Lorencillo en grande escala, de Lorencillo con cetro y con corona, engañan á la Francia, mienten á la Europa, insultan al género humano, y los intrépidos soldados franceses que han

(1) Circular del Sr. Ministro de Relaciones D. Juan Antonio de la Fuente de 8 del actual anunciando la muerte del general Zaragoza.

combatido por la integridad de la Turquía, y por la libertad de la Italia, al venir á nuestras playas, no pueden esperar la misma gloria, y al sucumbir, solo pueden esclamar como el desdichado gladiador romano: *Ave, Cesar, morituri te salutant!*

Mexicanos! para narrar el heroísmo y la virtud de nuestros mártires, se necesita el blando y armonioso colorido de Plutarco; para ensalzar su gloria y estimular con su ejemplo vuestro ardimiento en la lucha comenzada por vosotros con tanta gloria, yo quisiera tener el acento robusto é imponente con que Demóstenes movia á la Grecia entera, levantándola como mar embravecido contra la ambicion y la injusticia del tirano de Macedonia; y para inspiraros odio, odio inestinguible, horror, sed insaciable de venganza contra los traidores, nefando borron de nuestra historia, yo quisiera esa fuerza de diccion, ese torrente del estilo, esa mágia poderosa de la elocuencia que empleó Ciceron para descubrir á los romanos la infamia, el crímen, la perfidia de Catilina, que se hacia aliado y auxiliar de los bárbaros para desgarrar el seno de la República, que acaso, en expiacion de todas sus faltas, tuvo la desdicha de verlo nacer.

Pero mi pobre voz es débil, impotente para levantar al pueblo terrible como el huracan que todo lo arrasa, formidable como la tempestad, que recorriendo vagarosa las selvas y los mares, presidida del relámpago, seguida del trueno, agita la naturaleza entera, y emplea el rayo y la centella hasta dejar pura, limpia y serena la atmósfera coronándola con las luces apacibles del arco-íris.

Así quisiera yo que se alzara el pueblo de Hidalgo y de Morelos, el pueblo de Degollado y Zaragoza, terrible, impetuoso, violento, iracundo, intransigible hasta lanzar de nuestras playas á los invasores, hasta hacerlos huir llenos de oprobio y de vilipendio, hasta esterminar á los traidores, para que el hálito inmundo de un Márquez ó de un Almonte no emponzoñe, no envenene el aire purísimo de nuestros valles y de nuestras montañas, el aire que para renovar su vida han de aspirar nuestros hijos los nietos de los hombres de 1810 y de 1821.

Hé aquí el tributo, hé aquí la corona que sobre sus tumbas piden nuestros mártires al pueblo que hicieron libre: guerra, triunfos, victoria, venganza: hé aquí los únicos laureles dignos de ser ofrecidos á esa noble raza de gigantes que conquistó la independencia.

¿Queréis ejemplos de valor, de heroicidad, de sacrificio, de resignacion á los suplicios del martirio? Aprendedlos en la lucha de once años, contad, si podeis, el número de patíbulos que se alzaban por todas partes: mirad morir en ellos á Hidalgo, á Allende, á Morelos, á Mina y á tantos otros. A millares sucumbieron los patriotas en Granaditas, Guanajuato, las Cruces, Aculco, Calderon, Oaxaca, Cuautla, Acapulco; el territorio todo recibe un bautismo de sangre. ¿Queréis ejemplos de sacrificio mayor que el de la vida? Recordad que Hidalgo, Jimenez y Morelos, no solo mueren, sino que son ultrajados como infames, como réprobos y como apóstatas; recordad que en Huichapam el ínclito Villagran, antes que entregar la plaza al enemigo, prefiere la muerte de sus hijos que

ceptible minoría de sábios de *oficio*, que solo le han servido de obstáculo en su marcha.

Este partido, que es el de Hidalgo y Allende, el del Dr. Cos y Quintana Roo, tambien tiene un largo martirologio que comienza con Guerrero, y acaso no ha concluido con Ocampo, Valle y Degollado. Este es el partido de Zaragoza, de Juarez, de Gonzalez Ortega, es el pueblo mexicano amante de la independencia y de la libertad. En este partido abundan ejemplos de heroismo, de valor, de abnegacion, de nobleza, de desinterés y de desprendimiento.

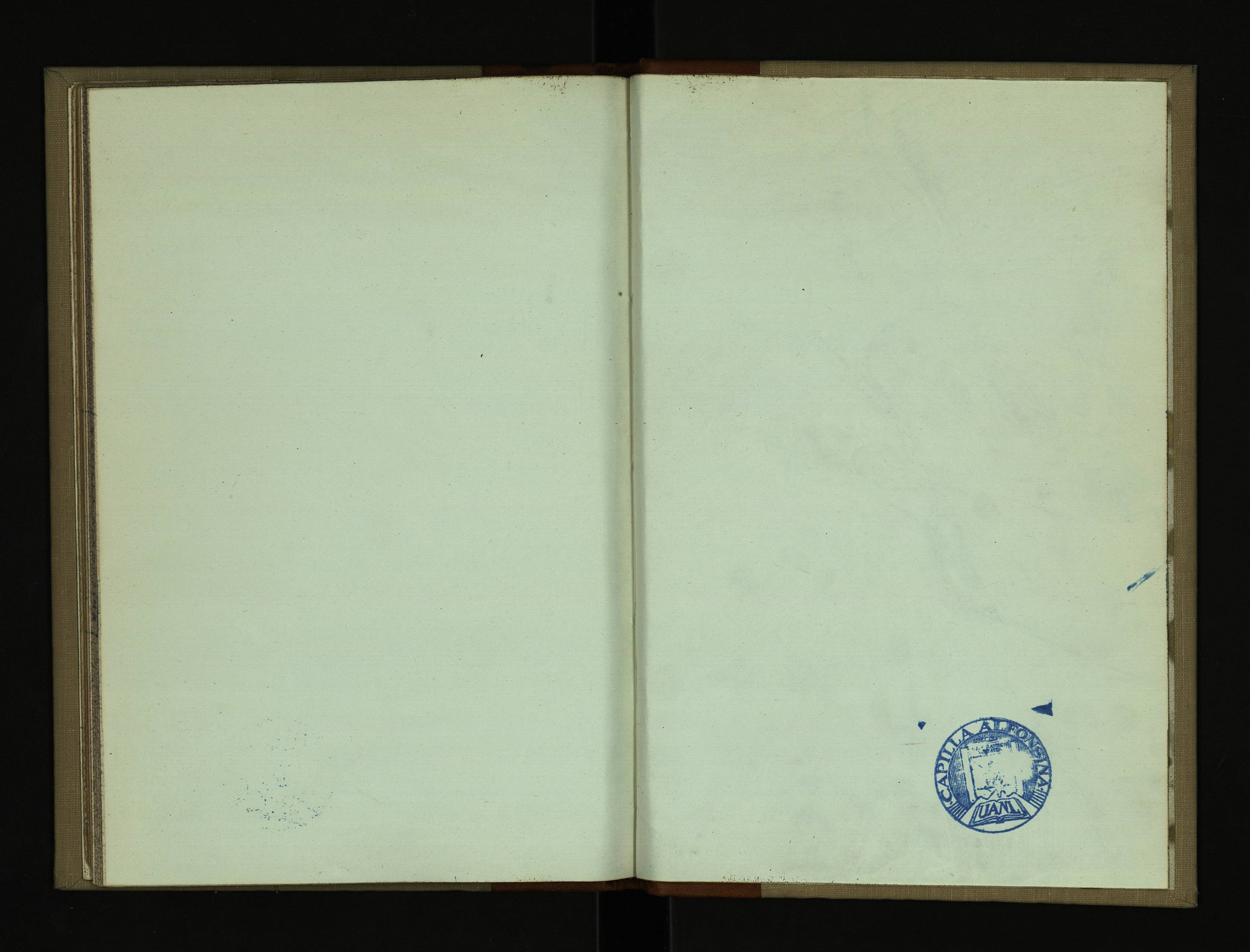
Pueblo que guardas, honras y veneras la memoria de los mártires de la independencia; pueblo que lloras aún sobre la tumba de Zaragoza, reanima tu esperanza; redobla tu ardimiento, salva, asegura por tí mismo y con tu brazo, tu soberanía y tu libertad, tus derechos y tus instituciones. Para eso, tiempla tu alma con el recuerdo de tus padres, con el ejemplo de tus héroes; y jura por la memoria de Hidalgo y por los restos de Zaragoza, sacrificarte, morir, desaparecer de la haz de la tierra, antes que consentir que el invasor te arrebate la independencia.

¡Guerra y libertad! ¡Guerra y union! ¡Independencia ó muerte! sea el grito que resuene en nuestros montes y en nuestros valles, en nuestros volcanes y en nuestros lagos, en nuestras ciudades y en nuestras aldeas. Guerra, sí, guerra muerte al invasor, guerra llena de fé, llena de esperanza! Este clamor del pueblo estremecerá de gozo en sus tumbas á nuestros padres, y á falta de otros bienes, este clamor de guerra será la herencia que dejemos á nuestros hijos, porque las generaciones mueren, pero los pueblos son inmortales, y no puede ser esclava la patria de Hidalgo y Zaragoza.

Guerra, sí, guerra, hasta asegurar la independencia! Comparemos nuestros elementos con los de los insurgentes. Si el grito de Dolores lanzado en 1810 por un párroco de aldea, produjo al fin el vencimiento de la España y la independencia de México, ¿cómo no ha de consolidarla la lucha que comienza con los inmarcesibles lauros del 5 de Mayo? Si un puñado de valientes resucitó á este pueblo del sueño de la esclavitud y lo hizo quebrantar sus cadenas; ¿cómo este pueblo libre, aguerrido, que ha saboreado ya las dulzuras de la libertad, ha de volver jamas á dejarse uncir estraño yugo?

¡Guerra! sea hoy el grito con que honremos la memoria de nuestros mártires. ¡Victoria y libertad! el lauro que juremos colocar sobre sus tumbas, y si nos lo arrebata la fortuna, prefiramos á la ignominia de la servidumbre, dormir con ellos en sus tumbas envueltos en el sudario de su gloria.

¡Conciudadanos, guerra á muerte al invasor! viva México! viva la independencia! viva la libertad!—Dije.


CAPILLA ALFONSINA
UANL

